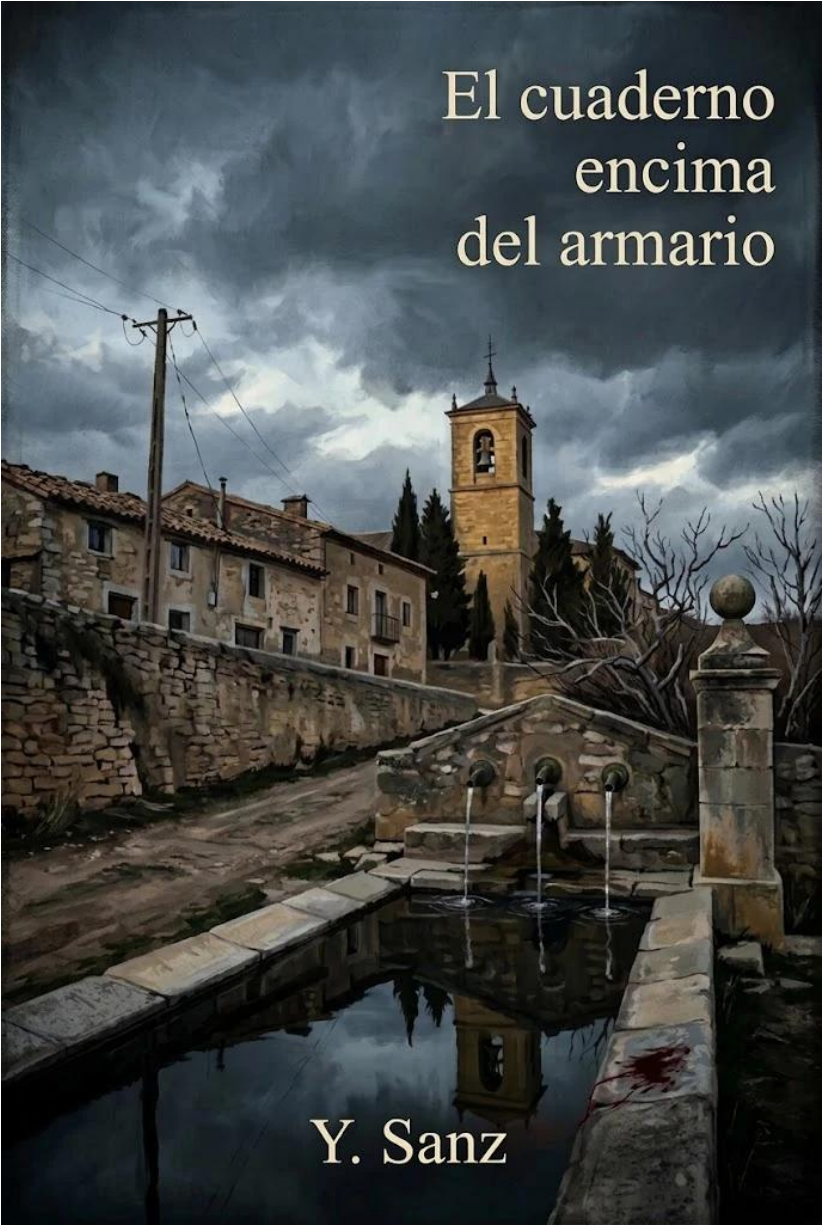




El cuaderno encima del armario

Y. Sanz

Tienes en las manos un cuaderno que he dejado para que fuese encontrado.

No sé quién eres. No sé si eres del pueblo, si llevas aquí tres días o si pasabas de casualidad. No importa. Lo que importa es que lo tienes.

Dentro está lo que pasó en Vallecáncela entre los veranos de 2004 y 2007. Lo que la Guardia Civil no encontró. Lo que el pueblo no supo. Lo que guardé en este cuaderno durante estos años porque necesitaba contárselo a alguien y no había nadie a quien pudiera contárselo.

He matado a personas.

Lo que hay aquí dentro no es agradable de leer. Pero es verdad. Es la verdad completa de alguien que no pudo seguir siendo lo que era.

Cuando lo hayas leído, pásalo a alguien del pueblo o déjalo donde lo has encontrado. Este cuaderno merece circular. Ha sido mi único confidente durante estos años y no merece seguir siendo el cuaderno encima del armario...

Vallecáncela, 11 de agosto de 2007

I

A Vallecáncela se llega por tres carreteras y cada una trae a su propia gente.

Los de Valladolid entran por Fuentemayor. Los de Madrid y los de Asturias llegan por Cuéllar, que es la carretera principal. Los que bajan del norte entran por Mojeces de Arriba, por la misma carretera que va a Cuéllar.

Eukene venía del norte.

Vio el pueblo antes de cruzar el valle, como todos los años. El coche bajaba desde Mojeces por la recta larga, donde el pueblo aparece enfrente, al otro lado del valle, colgado de la ladera. A esa distancia no se distinguen las calles, ni las puertas, ni la gente. Se distingue la torre de la iglesia, cuadrada y parda, saliendo sin nada que la acompañe, y al lado izquierdo del pueblo, apartado, el depósito redondo y de color rosado. Entre medias hay un amontonamiento de tejas de un color parecido al de la arcilla vieja.

Después la carretera baja al valle, el pueblo desaparece detrás de los pinos durante unos segundos y ya no se vuelve a ver hasta que estás subiendo la cuesta y te ves dentro.

Vallecáncela es el típico pueblo en el que en invierno queda muy poca gente. Cuatro chimeneas echando humo y la mayoría de las persianas bajadas. En agosto tiene seis o siete veces más gente sin

que nadie haya construido una casa nueva en treinta años. Se abren las que llevan meses cerradas, se sacan los colchones a las ventanas y las sábanas se secan al sol en las cuerdas de los corrales, y se empiezan a escuchar voces por el pueblo.

No hay un solo edificio compartido por varios vecinos. Todas las casas son familiares y están pegadas unas a otras, formando calles y callejones. Cada vecino levantó la suya cuando pudo y como le pareció, y se nota en las paredes de adobe al lado de paredes de ladrillo visto, antiguas puertas tapiadas con una ventana pequeña en medio, casas con dos alturas seguidas de casas con una y media, aleros que salen medio metro más que el del vecino. Por ello, las calles se estrechan y se ensanchan sin ninguna lógica, porque durante doscientos años cada uno fue cogiendo lo que le hacía falta para meter el arado o para poner el poyete en la puerta, y nadie se lo discutió nunca a nadie.

En el pueblo hay cobertura móvil en tres sitios y todo el mundo sabe cuáles son. En las eras de después del colegio, en el alto de la carretera de Mojeces o en la esquina de la iglesia, pegado a la pared. En el resto el teléfono marca una raya que va y viene y las llamadas se cortan a la mitad. La gente sale de casa con el móvil en la mano y se va a hablar a metros de su casa, y es de lo más normal ver a alguien de pie en mitad de las eras, quieto, mirando al suelo y hablando solo.

El verano de 2004 empezó igual que los demás.

Eukene llegó el viernes 30 de julio por la tarde porque el uno de agosto caía en domingo. Cuando “El aita” terminó su jornada

salieron y se plantaron allí con el sol todavía alto. Matrícula de San Sebastián, el maletero hasta arriba, las ventanillas bajadas y sus canciones de mariachis sonando. Aparcaron en el callejón, como siempre hacían.

Ellos tardaron un rato largo en descargar. Eukene dejó su bolsa en su habitación y ya no volvió a aparecer.

De su casa al bar El Refugio hay cien metros. Un minuto andando. Tardó cinco. Saludó a las abuelas del banco, estaban como siempre, con las cabezas juntas y el volumen bajado, que le preguntaron por el viaje y por si venían sus tíos; ella contestó sin pararse. Sí que se paró a hablar con dos amigos de caza de su padre que tomaban algo en la terraza del bar. Para cuando entró al bar ya sabía que habían cambiado la cámara frigorífica, que se había vendido la casa de la calle Podadera, que ese año no había muchas perdices, y que por primera vez en la historia del pueblo las fiestas iban a tener fuegos artificiales.

Su familia llevaba yendo al pueblo años, iba también en Semana Santa, y no se habían enterado de la mitad en cuatro meses.

Eukene se podía sentar con las personas mayores. No tenía ningún problema. Los demás chavales pasaban por delante de los bancos o la terraza del bar y saludaban desde lejos, pero ella se sentaba, aceptaba unas aceitunas del platillo y se quedaba media hora escuchando a hombres de cincuenta años hablar del trigo y de lo que había llovido en junio. Se sentía cómoda y no le costaba ningún esfuerzo. Cuando se levantaba y se iba con los de su edad, los hombres seguían hablando como si nada.

Solía llevar unas brasileras de goma que se le salían a cada paso, un pantalón corto que le venía grande y una camiseta de Gatibu. El cuatro de agosto cumplía quince años.

Los demás también llegaron ese fin de semana.

Manuel llegó el sábado por la mañana y lo primero que hizo fue medirse contra el frontón de la plaza, donde con una piedra llevaban años haciendo rayas. Había sacado seis centímetros en un año. Sacaba una cabeza a todos los jóvenes del pueblo y tenía los brazos de un chico que llevaba desde los doce años haciendo una cosa muy en serio. Ese invierno había sido convocado con la selección sub-17 de voleibol y había ido a Guadalajara a una concentración de siete días. En el pueblo lo contaban los demás, él no.

Joaquín también vino de Valladolid el sábado después de comer, con la camiseta del Valladolid del 83 y la publicidad de Helios en el pecho, como cada verano desde hacía unos pocos. Acostumbraba a tener un dicho o frase que decían en los anuncios de la TV y desde bien pequeño se sabía con su nombre y su norma las señales de circulación. Ese año había acabado la ESO y en septiembre empezaba bachillerato, cosa que no le quitaba el sueño. Lo que le quitaba el sueño era el mercado de fichajes.

Jagoba llevaba en el pueblo desde mediados de julio en casa de sus abuelos y no había salido a la calle. El Final Fantasy estaba en la mejor parte y hasta ese fin de semana no había un solo amigo suyo en treinta kilómetros a la redonda, de manera que la decisión

se tomaba sola. Llevaba unas gafas gruesas de montura oscura que le venían grandes desde los nueve años y que había ido heredando de sí mismo, porque cada vez que le cambiaban los cristales se los ponían en la misma montura.

Mariano aparecía y desaparecía a su antojo, porque vivía en Cuéllar y estaba a un cuarto de hora. Su abuela vivía en el pueblo todo el año y él bajaba los fines de semana, de manera que para cuando aparecían los demás ya se había recorrido las eras, sabía quién había comprado tierras, quién se había peleado con quién y quién había vendido su casa. Tenía quince años y un desparpajo desmesurado para su edad. Los motes de medio pueblo los había puesto él, y había gente que llevaba el suyo sin saber de dónde le venía.

El grupo se había vuelto a juntar como cada año faltando pocos días para el cinco de agosto.

II

Los días que faltaban para las fiestas tenían siempre la misma forma.

Por la mañana no había nada que hacer. Por la tarde tampoco. Entre las dos y las ocho el pueblo se paraba entero: las persianas bajadas, las puertas abiertas con su cortina puesta, y en la plaza un sol que caía a plomo y un asfalto que devolvía el calor a la altura de la cara. El pueblo volvía a dormir. Nadie salía. El que salía era porque trabajaba en el campo y no tenía más remedio que ir a cambiar el riego.

A las ocho la sombra del ayuntamiento empezaba a ganar terreno y a las ocho y cuarto ya había alguien en la plaza con las raquetas esperando a que el sol bajase más. Las tardes en las que hacía demasiado calor para jugar a frontenis iban a la piscina de Solabón.

El frontenis se jugaba contra el frontón, una pared lisa con arenisca en la parte inferior para delimitar la falta de la parte buena. Se jugaba como se podía, con pelotas de tenis que habían perdido el bote hacía dos veranos y raquetas a las que les faltaban cuerdas.

Manuel ganaba. Ganaba siempre, y no porque lo intentara mucho, sino porque llegaba a bolas a las que no llegaba nadie y

porque cuando le tocaba pegar fuerte pegaba fuerte. Jagoba perdía y explicaba por qué había perdido. La pared tenía una zona muerta en el lado derecho. La pelota estaba descompensada. El sol daba en un ángulo que favorecía al que sacaba. Nadie le discutía nada de eso porque discutirse lo alargaba el asunto y lo que todo el mundo quería era dejarle de escuchar y seguir jugando.

Jagoba era el más inteligente del grupo por un margen que no admitía discusión. Él lo sabía, y ese era el problema. Le llamaban estirado desde los ocho años y lo llevaba bien, porque estaba convencido de que no había nadie a su nivel.

Cuando ya no se veía la pelota, se sentaban en el bar.

El bar El Refugio lo llevaba Antonio, que abría a las nueve de la mañana para los que iban al campo y cerraba a las tres de la madrugada porque a esa hora ya no quedaba nadie que le hiciera cerrar más tarde. Tenía la terraza en la plaza, cuatro mesas de metal y las sillas apiladas contra la pared para el que quisiera cogerlas. Dentro se estaba fresco. Había una máquina de tabaco, un calendario de una casa de piensos de Cuéllar colgado, y una barra de granito rosado en la que Antonio ponía los vasos boca abajo sobre un paño. Apuntaba lo que cada vecino bebía en una libreta con las hojas dobladas y que pagaban cada lunes.

Había pocha todas las noches, y la pocha duraba lo que hiciera falta. Se jugaba por nada, se discutía cada mano, y a la tercera partida ya no se hablaba de cartas. Se hablaba de lo de siempre. En un pueblo en el que los mismos chavales llevaban reuniéndose

cada agosto desde hacía años, lo de siempre es un repertorio bastante cerrado, y el repertorio se repasaba entero todos los veranos como si nadie lo hubiera oído nunca.

Joaquín discutía. Discutía todo y discutía siempre, y alguna noche se le fue entera con la alineación de un partido que se había jugado en marzo y que se perdió. Lo sostuvo con datos, con precedentes y con dos anécdotas que no venían a cuento, subiendo el tono sin enfadarse una sola vez, y lo cerró diciendo que el único que tenía razón en esa mesa era él. Nadie le llevó la contraria.

Otra noche salió lo de los globos.

Salió porque Joaquín se levantó a beber a la fuente, y de la fuente se pasó a los días en que se pasaban la tarde entera llenando globos de agua y atándolos mal, y de ahí a lo de Jagoba.

—El pantalón era de tela fina —dijo Jagoba, antes de que lo dijera nadie.

—Se te veían los calzoncillos de SuperLópez.

—El pantalón era de tela fina y la tela fina mojada se vuelve traslúcida. Le habría pasado a cualquiera.

—SuperLópez te estaba sonriendo, tío. Sonriendo. En mitad de la plaza.

Jagoba sostuvo durante cuatro o cinco minutos que el problema había sido del tejido y no suyo, y cuanto más lo sostenía más se reían los demás. Contó que había estado tres días sin bajar a la plaza. Lo contó como se cuentan esas cosas cuando han pasado

años, que es como un chiste, y todos se rieron de los tres días igual que de lo demás.

De ahí salió lo de que mojó a Fátima y esta le persiguió por media plaza a tortas mientras él corría con las gafas apretadas contra el pecho, protegiéndolas con las dos manos y sin poder frenar. De ahí salió lo de la bici de Eukene aplastada por el camión de El Barato. Y de ahí, en algún momento de la cuarta partida, salió lo del escondite.

Lo sacó Mariano, porque era suyo.

—El primo de esta —dijo, señalando a Eukene con el vaso—. El gordo.

—Joseba.

—Ese. El niño de la Motoretta.

La historia la contaban entre todos porque todos habían estado. Que se escondió detrás de la fuente blanca creyéndose que no le veía nadie. Que Mariano llegó por detrás sin hacer ruido y le sacó de un empujón justo delante de Manuel, que se la quedaba. Que Manuel le señaló y le gritó que le había visto. Y que, en ese momento, con el chaval ya andando hacia el centro de la plaza para quedársela, aparecieron sus padres en la puerta del bar diciéndole que había que subirse a dormir, porque de madrugada salían para Extremadura.

—Después se fue —dijo Joaquín—. Se la quedaba y se fue.

—Le llamamos de todo —dijo Manuel.

—Yo dije que era buena persona, el doble de buena persona—
continuó Mariano.

—¡Como olvidarlo! —dijo Joaquín entre risas.

—Y era verdad. Era un piropo.

Contaron lo que le gritaron. Lo del tamaño, lo de la ropa, lo de que no corría. Lo recordaron todo, sin quitar nada, porque a años de distancia ya no hacía falta quitar nada. Contaron el final, que era la parte buena. Que el chaval no contestó, que recogió la Motoretta de la pared, que pasó pedaleando por delante de ellos y que al llegar a su altura giró la cabeza y escupió.

Eso les hizo mucha gracia. Se rieron un buen rato con eso.

—¡Qué salvaje! —dijo Joaquín.

Eukene se rio con los demás. En algún momento ella también comentó algo, pero por lo bajini porque era su primo.

Las noches transcurrían con normalidad hasta que Antonio cerraba a las tres.

III

De Vallecáncela a la piscina de Solabón hay cuatro kilómetros.

Se puede ir por la carretera, que es ancha y lisa pero no tiene una sola sombra en todo el trayecto, o se puede ir por el valle.

El camino del valle va pegado al río Alcorba, los ancianos del pueblo cuentan que antes bajaba lleno, que había pozas en las que se podía nadar y que vivían nutrias en sus aguas. Nutrias en el Alcorba. Lo decían muy serios y costaba creerlo mirando las piedras secas. Llegaron los pozos. Cada tierra quiso el suyo, y durante veinte años se fue sacando agua de abajo para regar lo de arriba. El río no se secó de golpe. Se fue quedando en nada sin que nadie hiciera nada, hasta que un verano lo que bajaba por el cauce era lo que baja ahora, un hilo de agua que se esconde entre las piedras y se deja oír por momentos. Son los árboles los que delatan su figura. Chopos y pinos sueltos, crecidos a lo largo del cauce donde alcanzan la humedad y marcan el río mejor que el río. La sombra que dan viene a trozos y te hace sentir fresco y calor con la misma frecuencia que oyes el río.

El camino de tierra tiene baches, hay tramos de grava suelta donde la rueda se va, y hay una cuesta al final que los que tienen bici heredada suben andando y los que traen su bici de la ciudad suben sufriendo. Pero esto siempre es mejor que ir por la carretera.

Se salía sobre las cinco. A esa hora el sol todavía pegaba de lleno en el páramo, pero abajo en el valle se estaba bien. Se iba en fila, hablando a gritos de una bici a otra, con las toallas enrolladas y metidas debajo del sillín o colgadas del cuello, y el dinero para el bar en el bolsillo del bañador. Se tardaba unos veinte minutos a la ida y veinticinco a la vuelta, porque a la vuelta se iba cansado y porque nadie tenía prisa.

La piscina era un oasis. Un rectángulo de agua turquesa plantado en medio de la nada. No había tumbonas de plástico ni sombrillas ni nada que se pareciera a una instalación acuática, pero había césped, una hilera de chopos que daban sombra rodeando todo el recinto, una caseta de vestuarios con el suelo siempre encharcado, y un bar con dos mesas fuera donde se vendían bolsas de pipas, helados de hielo, refrescos y que se encargaba de que por los altavoces sonasen los éxitos de cada verano. Olía a cloro y a crema solar, y esa mezcla tenía la capacidad de hacer olvidar los cuarenta grados que había fuera.

La tarde se organizaba sola. Entrar al agua, salir, tumbarse, secarse, volver a entrar. Cuando el agua cansaba se extendían las toallas en el césped y se echaban unas cartas, y se discutían las jugadas con una intensidad que no se correspondía con lo que había en juego, que no era nada.

A Eukene no le gustaba el agua de la piscina, era más de playa. Iba, pagaba su entrada, se tumbaba en el césped, jugaba a las cartas, bajaba al bar a por su helado, pero no se metía en el agua. Se sentaba en el bordillo con los pies dentro, o se quedaba de pie en la orilla mojándose los brazos, y se iba tan seca como había

llegado. Llevaba el bañador puesto debajo del pantalón corto, pero nunca se lo acababa de quitar.

Jagoba ese día no quería ir. En realidad, no quería ir nunca. El sol de la siesta no era su mejor amigo y su piel se lo recordaba cada verano con dos semanas de escozor. Además, tenía el Final Fantasy parado en un punto que necesitaba tiempo y cabeza. Tenía el plan de cada tarde perfectamente resuelto y no incluía a nadie.

Pero fue Eukene quien lo propuso la noche anterior, y Eukene tenía una manera de proponer las cosas que dejaba poco sitio para decir que no. No insistía. Lo decía una vez, seguía hablando de otra cosa y lo volvía a mencionar cinco minutos después como si ya estuviera decidido. A las cinco menos cuarto Jagoba estaba en la plaza con la toalla debajo del brazo, pero sin bici.

No tenía. La suya se había quedado en Bilbao y la de su abuelo no tenía frenos y el sillín estaba a una altura que no se podía bajar por el óxido que tenía el tubo. La ausencia de bici era su salvoconducto para no ir. Manuel se ofreció antes de que nadie terminara de plantear el asunto, y así salieron del pueblo. Manuel pedaleando de pie, Jagoba sentado en el sillín, de lado, con las piernas colgando hacia fuera, agarrado a la camiseta de Manuel con una mano y sujetándose las gafas con la otra en cada bache.

Tardaron media hora. Manuel llegó a la piscina empapado en sudor, se tiró al agua vestido y salió diciendo que no lo volvía a hacer.

Las chicas habían quedado antes y las llevaron en coche.

Belén, Ariadna y Martina se habían apuntado en la misma mesa de la pocha la noche anterior. No eran del grupo, pero habían crecido con ellos, que viene a ser lo mismo. Venían por sus abuelos, habían aprendido a andar en bici en la misma plaza y se habían escondido en los mismos rincones, Aun así hacían su vida aparte, a sus horas y con sus cosas, y se juntaban o no según el día.

Belén era de Madrid. Tenía una sonrisa que no se le caía con facilidad, y ese verano la llevaba con brackets. Mariano lo intentó dos o tres veces y lo dejó, porque no había por dónde entrar. Se le podía decir cualquier cosa, que ella seguía sonriendo igual. No era que no le molestase. Había decidido hacía tiempo que la mayoría de las cosas no merecían que se le torciera la cara, y se mantenía en esa decisión con una constancia que a unos les resultaba cómoda y a otros les daba rabia.

Ariadna era de Valladolid y era la más sociable de las tres. Se movía con soltura entre los chicos, se sentaba donde se sentaban ellos, se reía de sus cosas y estaba cómoda en una conversación de tíos de una manera que a Belén y a Martina todavía les quedaba lejos. Le gustaban los chicos y no se molestaba en disimularlo, y eso no pasaba desapercibido ya que las abuelas del banco ya decían cosas de ella, y ella tampoco se molestaba en desmentirlas.

Martina era de Laguna de Duero, que está al lado de Valladolid y que ella defendía como si fuera otro país. Llevaba siempre el pelo recogido en una coleta. Era la única de las tres que jugaba al

frontón y jugaba bien. Le solía ganar a Jagoba con facilidad, lo que le obligaba a explicar sus derrotas con excusas inverosímiles. También era la única capaz de discutirle a Joaquín una alineación del Valladolid durante cuarenta minutos sin cansarse antes que él.

La tarde fue buena.

Estuvieron dentro y fuera del agua hasta que se les arrugaron los dedos. Manuel hacía el pino en el fondo de la parte honda y aguantaba, y Joaquín intentó seguirle, pero tragó agua y estuvo tosiendo un rato largo con la cara roja mientras los demás se reían. Compraron unos helados y refrescos para merendar. Sobre las siete el sol ya venía de lado y el césped empezó a estar fresco, y ahí se sentaron todos con las toallas extendidas a jugar.

Jagoba no se metió apenas. Prefería el borde, la sombra, la toalla, y una posición desde la que se veía bien lo que hacían los demás. Se secaba de pie, mirando por encima de las gafas, con los brazos cruzados, atento a la partida.

Belén jugó una carta.

No fue una jugada rara ni especialmente mala, fue algo normal. Pero Jagoba arqueó una ceja, y sin que nadie le preguntara nada empezó a explicar, despacio y con mucha paciencia, por qué esa carta era un error de manual. Contó lo que había salido antes, lo que quedaba por salir y lo que iba a pasar ahora en las tres manos siguientes por culpa de eso.

Belén le escuchó con la sonrisa que tenía siempre, que era una sonrisa difícil de tumbar, y luego le explicó tranquilamente por qué lo había hecho.

Jagoba consideró el argumento durante un segundo y medio.

—mmm... NO —respondió Jagoba.

Mariano lo escuchaba todo desde el agua, apoyado en el bordillo con los brazos cruzados encima y la barbilla apoyada en los brazos.

Salió despacio. Sin salpicar, sin decir nada, con el bañador goteando. Se acercó al grupo por detrás, se colocó a la espalda de Jagoba, y en un solo movimiento, limpio, rápido y muy bien calculado, le bajó el bañador hasta los tobillos.

Hubo un segundo en el que no pasó nada.

Martina gritó. Belén se tapó la cara con las dos manos. Joaquín saltó hacia atrás. Ariadna no apartó la vista, se quedó mirando fijamente durante el segundo que Jagoba tardó en reaccionar, con una cara que no era de risa ni de escándalo ni de nada que tuviera nombre.

Se rieron todos. Se rieron mucho y se rieron alto, y la risa llegó hasta las mesas del bar y hasta las familias que estaban en el otro extremo del césped, que se giraron a mirar. En una piscina de pueblo no hay ningún sitio que no se vea desde todos los demás.

Jagoba se subió el bañador y no dijo nada. Recogió la toalla del suelo, la sacudió, se la echó al hombro y comenzó a andar hacia

la caseta de los vestuarios sin mirar a nadie, sin correr, con el cuerpo erguido y la cabeza bien alta.

La puerta se cerró detrás de él.

Las risas todavía duraron un rato, rebotando contra el agua. Mariano recibió lo que recibía siempre, que eran palmadas en la espalda y que alguien le llamara hijo de puta con mucho cariño. Se sentó en la toalla, cogió las cartas y se puso a repartir.

Jagoba no volvió a salir.

A los minutos, cuando el socorrista empezó a recoger las corcheras y el sol ya estaba bajo, se fueron. Recogieron las toallas, tiraron los botes en la papelera del bar y fueron al vestuario a cambiarse. La caseta estaba vacía. En los bancos no había ropa, en las perchas no había nada, y el suelo estaba igual de encharcado que siempre.

—Se ha ido —dijo Joaquín.

—¿A pie? —dijo Manuel.

—Habrá cogido carretera —dijo Mariano.

Nadie le dio muchas vueltas. Cogieron las bicis y deshicieron el camino del valle con las sombras largas y la conversación siguió donde la habían dejado. Manuel iba sentado en su bici. Un par de veces vieron una figura andando más adelante, pero eran vecinos en su paseo de la tarde. Jagoba no apareció, y en algún punto entre el tercer y el cuarto kilómetro se olvidaron de su ausencia.

Llegaron a Vallecáncela con esa fatiga buena de las tardes de verano bien gastadas.

Nadie fue a casa de Jagoba. Nadie tocó en su puerta para ver si había llegado, ni se preguntó por dónde había vuelto, ni cuánto había tardado, ni si había hecho cuatro kilómetros por la carretera sin sombra a las ocho de la tarde con la toalla al hombro. No fue por mala fe. Fue que el asunto se acabó en el momento en que se cerró la puerta del vestuario, y a partir de ahí ya no existía.

Dejaron las bicis tiradas en el asfalto o apoyadas en la fachada de sus casas dependiendo de la personalidad de cada uno, se ducharon y cenaron. A las once ya estaban otra vez en el bar. Pero Jagoba no apareció esa noche.

IV

El cinco de agosto tiene su propio olor en Vallecánclera.

Es el asfalto devolviendo el calor que ha guardado todo el día, la colonia recién puesta, y el vino y la fruta de las limonadas preparándose a la misma hora en veinte cocinas distintas.

Desde primera hora empezaron a llegar coches.

Por Fuentemayor, por Cuéllar, por Mojeces. Aparcaban donde podían: en las eras, o pegados a las paredes de las calles, o subidos a las escasas aceras que tenía el pueblo. De ellos salían bolsas, sillas plegables, neveras portátiles y niños que llevaban once meses sin pisar el pueblo y que echaban a correr calle abajo a la plaza antes de que nadie les dijera nada.

La gente que se veía una vez al año se encontraba en la plaza. Los abrazos, la alegría un poco exagerada de los reencuentros, los comentarios sobre quién había engordado y quién había adelgazado, las preguntas sobre el trabajo y sobre los estudios que se contestaban a medias porque siempre había alguien más a quien saludar por detrás del hombro.

En el cielo de la plaza colgaron las guirnaldas de siempre, que eran las mismas de todos los años y que duraban colgadas hasta octubre, cuando el clima las acababa de destrozar. La charanga esperaba apartada en una calle paralela a la plaza a con los nervios

previos. Pegado con celo a la cristalera de la puerta del bar estaba el programa de fiestas en color, con el pregón, la proclamación de los reyes, la probadilla, las orquestas de las noches y, por primera vez desde que existían las fiestas, fuegos artificiales.

El grupo se sentó en el banco de enfrente del balcón del ayuntamiento, que era el mejor sitio de la plaza y en el que se sentaban todos los años.

Jagoba apareció a las ocho.

Bajó por la calle Real de Arriba con una camiseta roja con “I ♥ Vallecáncela” en color blanco en el centro del pecho y el pelo levantado con gomina, se sentó en el banco donde quedaba sitio y dijo que a ver si el alcalde no se alargaba mucho. Nadie le preguntó cómo había vuelto de Solabón. Nadie le preguntó por qué no había bajado al bar en toda la noche anterior. Joaquín le pasó una bolsa de pipas y él cogió un puñado.

Mariano estaba de pie, apoyado en el respaldo del banco, con una cerveza en la mano y hablando con su tía. Joaquín y Martina discutían sobre un fichaje que había realizado el Valladolid con la seriedad de dos personas que hablan de algo importante. A Manuel algunos conocidos le estaban preguntando por la concentración de Guadalajara.

Eukene cruzaba la plaza desde arriba, con las brasileras, saludando a los amigos de caza de su padre y parándose en los corrillos por el camino. A su lado venía un chico al que nadie tenía fichado. Alto, delgado, con el pelo rubio en media melena con la

raya al medio y un tipo de chaqueta sin mangas de color naranja y azul. Andaba con las manos en los bolsillos.

—¿Y ese? —Dijo Jagoba.

—Algún amigo las Vascongadas que habrá traído —Soltó Mariano.

Mientras llegaban al banco y repartían saludos, Manuel se quedó mirándole a la cara un segundo más de la cuenta.

—Joder.

—¿Qué?

—Que es Joseba.

Hubo un silencio corto, de los que se llenan enseguida. Alguien dijo que no podía ser. Joaquín se levantó del banco para verle mejor, como si de pie fuera a ser otra persona.

Era Joseba.

El mismo niño de la Motoretta, construido sobre el mismo plano, pero con otros materiales. Había pegado un estirón de los que daba Manuel y había perdido por el camino todo lo que el pueblo le decía que le sobraba. Ya no estaba la bicicleta roja, ni el chaval que pedaleaba en silencio, ni los kilos de más que no le dejaban correr.

Pero había algo más, que costaba más de explicar y que se notaba antes que lo otro. Saludaba primero. Preguntaba. Se reía con la

boca abierta y los ojos cerrados. Cruzaba la plaza y se paraba con gente que en trece veranos no le había dirigido la palabra y les preguntaba por sus cosas.

Hay quien decide que va a ser otra persona y no le sale. A Joseba le salió.

—Este año me quedare todo agosto —Iba comentando.

Mariano fue el último al que saludó, porque era el que estaba de pie y más apartado, con la cerveza. Joseba se acercó, le dio la mano. Mariano le preguntó de dónde había sacado esa chaqueta, que parecía un bailarín de los de UPA Dance y Joseba se rió. Se rieron los dos.

Mariano no se acordaba. No se acordaba de la fuente blanca, ni del empujón, ni de lo que le gritó, ni del escupitajo, aunque lo hubiera contado en la mesa del bar alguna noche antes riéndose a carcajadas. Lo contaba y se le olvidaba. Eran dos cajones distintos y nunca se tocaban. Pero Joseba sí se acordaba.

Joseba le preguntó por su abuela, y se sentó en el banco con los demás.

El pregón lo dio el alcalde a las ocho y media, cuando la plaza ya estaba llena. Habló del pueblo, de los que ya no estaban, de los que venían por primera vez, y se le oyó regular porque el equipo de sonido era el del año pasado y el del año pasado era el de hace doce. Al final levantó la voz para lo único que todo el mundo esperaba, que era decir que quedaban inauguradas las fiestas, y la plaza entera aplaudió.

Proclamaron a los reyes, que saludaron desde el balcón y desearon unas fiestas inolvidables, con esa vergüenza de estar arriba mirando a todo el pueblo.

Y empezó la probadilla.

La probadilla es lo mejor de las fiestas y no se parece a nada. El pueblo entero se echa a la calle detrás de la charanga y va casa por casa, y en cada casa que participa hay varias mesas en su corral o en la calle de su puerta con la limonada y la comida que cada cual quiera ofrecer. Cada familia tiene su receta de limonada y cada receta es la buena. Unas llevan más fruta, otras más azúcar, otras más vino, y todas llevan más vino del que parece, porque la limonada tiene la particularidad de engañar al paladar mucho antes de engañar a la sangre.

Se empieza desde la plaza y cada año tiene un recorrido diferente, porque cada año participan vecinos diferentes. A las nueve la alegría es por el reencuentro. A las diez todo el mundo va sonriendo sin quererlo. A las once medio pueblo canta. A las doce hay quien ya no distingue una casa de otra y sigue igual.

Los chavales se las ingeniaban para participar más de lo que sus edades recomendaban.

El año anterior había dejado lecciones. Manuel había amanecido con la cara marcada por una borrachera que tardó dos días en soltar. Por ello ese año había más vigilancia por fuera y algo más de cabeza por dentro, aunque las dos cosas tenían sus límites fáciles de saltar.

Jagoba llevaba un rato negociando en voz baja con Meritxell, la prima mayor de Eukene y Joseba, para asegurarse el suministro de la noche. Le estaba exponiendo argumentos que ya tenía dieciséis años, que él no se emborrachaba nunca porque controlaba la cantidad y que estadísticamente el problema no eran los que bebían pronto sino los que bebían deprisa. Meritxell le escuchaba con una sonrisa que no terminaba de ser un sí y tampoco acababa de ser un no.

Llegaron con la charanga a la calle Real de Abajo donde estaba la parada de los “De La Fuente” y continuaron por la calle Podadera hasta la parada de la peña del grupo que venía detrás en edad, El Colapso. En algún punto del pasacalles el grupo se había mezclado con otros tres grupos y ya no se sabía quién iba con quién. Joseba iba en medio de todo, hablando con dos señoras de setenta años que le hicieron la típica pregunta ¿Y tú de quién eres?, para recabar información y poder exponerlo en el banco. Eukene se lo señaló a Manuel con la barbilla.

—Mírale.

—Está en todas —dijo Manuel.

—Como yo.

—Ahora sí que parece tu primo.

La probadilla terminó abajo, en la última casa que queda en la carretera de Fuentemayor pasada la medianoche, con la charanga tocando ya de cualquier manera y el pueblo entero en la calle.

Entonces la gente empezó a subir hacia el depósito. Los cohetes se lanzaban desde el pilón, abajo del todo, y el sitio para verlos mejor era el depósito, arriba del todo. El pueblo entero en medio.

Se subió despacio, en grupos, con los vasos en la mano y la charanga desinflándose calle arriba. Los que vivían por el camino entraban un momento en casa a por la sudadera de la peña y volvían a salir. Se subía comentando lo mismo que se llevaba comentando desde junio. Que a ver cómo salía aquello, que en ningún pueblo de la zona se habían visto nunca unos fuegos artificiales y que ya era hora mientras otros decían que por algo sería.

En la cima de la calle Real de Arriba estaba Federico saliendo de la puerta de su corral con una bolsa de hielos debajo del brazo, dejando la puerta abierta detrás de él. Tenía cincuenta y tantos, la cara partida en dos colores por la línea de la gorra, y llevaba media vida con la cebada de las tierras de arriba, las que quedan entre el depósito y el camino de las perdices. Saludó a los que pasaban, se metió en un corrillo a repartir hielos, contó que había estado regando la era por si acaso y que ojalá que quien lanzaba aquello supiera lo que hacía.

Arriba se estaba bien. El depósito es lo más alto del pueblo y desde ahí el cielo se abre sin nada que lo tape, también se ve parte del valle y la torre de la iglesia, que queda a la misma altura. La gente se fue colocando donde pudo, en el muro, en la explanada, en el terraplén. Los chicos llegaron mientras Federico cerraba la puerta del corral y se sentaron en el borde del terraplén, donde

Mariano decía que era el mejor sitio, con las piernas colgando hacia abajo.

El ayuntamiento había tomado precauciones. Agosto en Valladolid y el fuego son dos cosas que no admiten descuidos, y durante todo el día habían estado regando el terreno de lanzamiento, empapando la tierra y los árboles de alrededor del pilón hasta donde llegaba la manguera.

Lo que nadie regó fueron los fardos de paja apilados en el terraplén de debajo de donde estaban sentados los chicos.

Los cohetes subieron limpios, uno detrás de otro.

Se abrían arriba y durante unos segundos flores de luz iluminaban los tejados, las paredes de las casas, las caras de todo el mundo mirando con la misma expresión que tienen las personas cuando algo les parece hermoso y no saben muy bien qué hacer con eso. Entre cohete y cohete llegaban los aplausos, algún silbido y algún que otro llanto de los más pequeños al oír cada explosión.

Vallecáncela estrenaba actividad con buena nota.

Los vasos se iban dejando en la repisa del depósito, uno al lado de otro, según se vaciaban o según hacía falta la mano para aplaudir.

Cuando se distinguió la traca final, los chicos sacaron las bengalas. Eran las doradas de siempre, las de cumpleaños, las que chisporrotean luz blanca y duran lo justo para hacer el tonto un

minuto y quemarse los dedos si no se tiene cuidado. Salió la caja, salió el mechero, y se fueron encendiendo unas con otras.

Jagoba encendió la suya y la levantó por encima de la cabeza y Mariano le golpeó la mano.

Fue un movimiento rápido, casi un reflejo, con la sonrisa puesta antes de que nadie pudiera protestar. La bengala describió un arco en el aire, pasó por encima del borde del terraplén y desapareció hacia abajo.

El silencio duró lo que tardó la paja en prender.

Después no hubo tiempo de nada. Las llamas subieron por los fardos con esa velocidad que no deja pensar. Lo que un segundo antes era un montón de paja en la oscuridad se convirtió en una pared de fuego de tres metros que iluminó la calle y empujó a los chicos a salir corriendo hacia atrás. Hubo gritos. La gente de detrás se apartó tropezándose unos con otros, y muchos tiraron de los más pequeños del brazo.

En los primeros segundos de confusión las miradas del grupo fueron todas al mismo sitio.

Jagoba levantó las manos.

—¡Que no he sido yo! ¡No sé qué ha pasado! ¡Yo no he hecho nada!

Nadie le creyó completamente.

Un pueblo pequeño sabe reaccionar ante una cosa así sin que nadie organice nada. Salieron calderos, cubos, palanganas, dos mangueras y manos. Federico fue de los primeros en actuar, porque lo que ardía era su era. Se formó una cadena desde el depósito, se echó agua, se echó tierra, se apartaron fardos a patadas para que el fuego no encontrara por dónde seguir. Duró más de lo que tenía que durar. Al final cedió, negro y humeante, dejando un olor a paja quemada que iba a estar en las calles del pueblo hasta el día siguiente.

Los chicos se fueron antes de que el fuego fuera sofocado.

Se fueron en grupos de dos y de tres, calle abajo, con esa mezcla de susto y de risa que deja el peligro cuando se consigue salir de él. Cada uno a su casa. Ducha, ropa de fiestas, el pelo mojado otra vez. Se encontraron por las calles y se contaron lo que acababa de pasar varias veces. A la cuarta ya era una anécdota y a la quinta ya era algo gracioso.

El pueblo nunca supo lo que había pasado en realidad.

Se habló de un cohete mal caído. Se habló de una colilla. Al final se pusieron de acuerdo en que quien lanzaba aquello no había calculado bien. Es lo que suele pasar cuando nadie quiere señalar a nadie del pueblo.

La plaza se fue llenando otra vez a partir de la una.

La orquesta estaba montando su escenario en la pared del frontón, probando el sonido, soltando esos acordes sueltos que anuncian que queda poco. El grupo se sentó en una mesa de la

terrazza del bar. Un vecino contaba que le había entrado el humo en la cocina. Otro echaba la culpa al alcalde y lo ponía de loco por haber permitido aquello, cuando él decía que no se tenía que haber hecho.

Mariano no apareció.

Nadie le dio importancia, porque Mariano llevaba toda la vida apareciendo y desapareciendo cuando le daba la gana. Se iba de un sitio sin avisar y aparecía en otro media hora después, y preguntar por él era una cosa que en Vallecáncela no hacía nadie. Si no estaba, es que estaba en otro lado.

Fue entonces cuando un grito cruzó el pueblo de arriba abajo.

Venía de la calle Real de Arriba y bajaba con ella. Era Ariadna, corriendo, y el grito no traía palabras, solo el sonido, y ese grito bastó para que la plaza entera se girase a la vez y los instrumentos dejaran de ser probados cuando el personal de la orquesta levantó la vista.

Cuando Ariadna llegó a la plaza tardó en poder decirlo. Dijo que había visto algo junto a la pared del depósito. Que se movía. Que era un animal o algo, negro y alargado, que se movía despacio y que echaba humo.

Los chicos llegaron los primeros.

La orquesta empezó a tocar en ese mismo momento, allá abajo, con esa puntualidad casi cómica que tienen las circunstancias crueles.

El cuerpo de Mariano yacía sobre el asfalto pulido en la parte alta del pueblo, al lado del depósito, completamente chamuscado y todavía humeando.

Nadie bajó a bailar esa noche.

V — Primera confesión

5 de agosto de 2004

El pueblo está en silencio.

Hace dos horas se oían voces. Gente yendo y viniendo, algún llanto, el motor de un coche arrancando con prisa. Las sirenas viniendo y yendo. Ahora nada. Solo los grillos y un búho a lo lejos.

He encontrado este cuaderno en el cajón de la mesilla de la gloria. Estaba en blanco. Parece que me estaba esperando.

Voy a escribir lo que ha pasado esta noche. No sé por qué. Supongo que necesito contárselo a alguien y no hay nadie a quien pueda contárselo. Así que me lo cuento a mí. En papel. Como si eso sirviera de algo.

He cometido un crimen.

He matado a Mariano.

Lo he matado esta noche y mientras escribo esto todavía me parece notar el olor en las manos, aunque me las he lavado varias veces. No sé si el olor es real o si estoy imaginándomelo. No sé muchas cosas esta noche. Lo que

sí sé es que cuando bajo la vista y veo estas manos, no siento lo que se supone que debería sentir.

Arrepentimiento.

Hay algo ahí. Algo que no termino de identificar. Como el vértigo que da subir a un sitio muy alto y el estómago se te queda un momento suspendido en el aire. No es culpa. No es miedo. Es otra cosa. Una cosa nueva que no existía hasta esta noche y que todavía no sé cómo llamar.

Voy a intentar escribir lo que ha pasado. A ver si consigo saber lo que me pasa.

Cuando bajábamos a casa me he dado cuenta de que había perdido mis llaves, así que se lo he dicho a Mariano. Le he explicado que con el jaleo del incendio se me habían caído las llaves por ahí arriba y que me acompañase un momento. Solo un momento.

Me ha mirado como miraba siempre. Como si pedirle algo fuera ya de por sí una molestia, como si mi sola presencia fuera un estorbo que toleraba porque no le quedaba más remedio.

Ha subido. Maldiciendo. Diciéndome que era una persona inútil, que cómo podía perder las llaves, que vaya idiota. Las palabras exactas no las voy a escribir porque las llevo escuchando toda la vida y ya me las sé de memoria. Son siempre las mismas. Cambia el tono, cambia la ocasión, pero el fondo es siempre el mismo.

Que yo soy menos.

Que siempre he sido menos.

Esta noche, por alguna razón que entonces no he entendido y que ahora tampoco entiendo del todo, algo dentro de mí ha decidido que era la última vez que lo escuchaba.

He visto un vaso. De esos de cubata, de cristal grueso, que alguien había subido para ver los fuegos artificiales y había dejado olvidado en la repisa del depósito. Lo he visto mientras Mariano terminaba su enésima frase insultándome. No he pensado. O he pensado tan rápido que no lo he notado.

El golpe ha sonado distinto a como me lo había imaginado. Más sordo. Más real. Muy diferente al sonido de un vaso estallando en la cabeza de un actor en una película.

Mariano ha caído.

Me he quedado mirándole un momento. He revisado que nadie me haya visto, cada ventanuco de las viviendas de alrededor, cada puerta de casa cerrada. No sé qué esperaba. Que se levantara. Que el mundo volviera a ser como antes de ese segundo.

No se ha levantado.

Entonces me he acordado del bidón.

Lo había visto antes, cuando nos sentábamos para los fuegos. En el corral de Federico, cuando ha salido por la puerta con una bolsa de hielos. Había visto un bidón con letras escritas a mano que ponía Gasolina. Ha sido de esas cosas que ves sin saber que las estás guardando. El cerebro las archiva solo, sin pedirte permiso.

He ido a buscarlo. He abierto la puerta del corral en silencio. Lo he encontrado donde lo había visto. Lo he cogido.

No voy a explicar lo que he sentido mientras lo hacía porque no lo sé. Estaba dentro de algo, pero fuera de mí. Dentro de un estado que no era exactamente yo pero que ha usado mi cuerpo con una precisión que yo nunca he tenido sin analizarlo antes. He rociado a Mariano con gasolina. He recogido la caja de las bengalas que habíamos dejado antes. Quedaban tres. He cogido una. La he encendido con el mechero que también estaba en el suelo.

No ha habido gritos.

Eso es lo que más me sorprende ahora que lo escribo. Esperaba gritos. No los ha habido. Solo lamentos. Solo gemidos sordos. Solo el sonido del fuego, ese sonido vivo, que respira, que crece. Y Mariano arrastrándose por el asfalto en silencio, despacio, como si también él estuviera dentro de algo que no entendía.

Entonces he notado algo. Algo físico. Algo que no esperaba, algo que me avergüenza escribir y que voy a escribir igual porque necesito escribirlo.

He tenido una erección.

He tenido la primera erección de mi vida.

No sé qué significa eso. No quiero saber qué significa eso. Pero ha pasado y lo escribo porque ha pasado.

Me he escondido detrás del depósito hasta que no ha habido nada más que mirar. Luego he echado a correr por el camino de las perdices, he subido al pueblo por la carretera, he llegado a casa, me he metido en la ducha. El agua caliente primero, luego fría, congelada como la que sale del pilón. El pilón, eso me ha despejado la mente y se me ha olvidado por un momento lo que he hecho.

Me he vestido con la ropa de fiestas y he ido a la plaza. He llegado segundos antes de que Ariadna llegase corriendo. He subido a ver lo que pasaba. Me he sorprendido igual que los demás. Han llegado los adultos y nos han mandado para casa.

Lo único en lo que pienso ahora, lo único, es que ojalá hubiera otro más, ojalá me pase otra vez.

Son las tres de la mañana. Voy a guardar este cuaderno encima de mi armario.

Mañana será otro día.

VI

El verano de 2004 no terminó. Se quedó pegado al pueblo en ese instante.

La primera patrulla llegó de madrugada, a los veinte minutos de la llamada.

Dos agentes que se encontraron la plazuela del depósito llena de vecinos mezclados, unos en batín y otros con la ropa de fiestas puesta, y lo primero que tuvieron que hacer fue conseguir que la gente se apartara. Acordonaron con lo que llevaban. Uno se quedó arriba y el otro empezó a bajar gente calle abajo, repitiendo lo mismo treinta veces.

Los coches importantes llegaron con el amanecer. El coche de la Policía Judicial desde Valladolid, la furgoneta de criminalística, y sobre las ocho de la mañana el juez de guardia y el médico forense, que subieron andando desde la plaza porque arriba ya no cabían más coches. Trabajaron en el asfalto hasta que llegó mediodía, con el sol dando de lleno en una pérgola montada. Desde los ventanucos de las casas se veía todo, y de ellas no se separó nadie.

El seis de agosto amaneció con el olor a paja quemada en cada rincón del pueblo. Amaneció tarde, porque nadie se acostó antes de las cuatro y muchos no se acostaron, y a las nueve de la mañana la plaza estaba vacía de una manera que no era normal un seis de

agosto, cuando las abuelas deberían estar esperando al panadero de Campaseco.

El escenario de la orquesta seguía montado contra la pared del frontón. Los músicos habían dormido en Cuéllar, volvieron a media mañana con la furgoneta y estuvieron dos horas desmontando, bajando los focos, enrollando cables, sin poner música mientras trabajaban. El representante del grupo entró en el bar antes de irse y habló con Antonio y el concejal de fiestas. Llegaron a un acuerdo para no cobrar toda la noche.

La charanga para la romería de los Santos Niños Justo y Pastor no llegó a venir. Antonio les llamó a primera hora y se resolvió en una frase.

Las guirnaldas se quedaron colgadas. Nadie las quitó. Pegado con celo a la cristalera del bar estaba el programa de fiestas en color, con los eventos que ya no iban a ser. Antonio lo despegó sin decir nada y lo tiró a la basura de detrás de la barra.

El cuerpo fue bajado a las doce, despacio, por el mismo camino por el que debía pasar la romería a esa hora.

Lo que la Guardia Civil supo lo supo en la primera inspección del cuerpo.

No hacía falta esperar a la autopsia para saber que aquello no era un accidente. El fuego de los fardos se había apagado tiempo antes, el cuerpo estaba en mitad del asfalto, había un olor que los agentes reconocieron nada más subir y un golpe en la cabeza que el forense vio antes de mover el cuerpo.

El informe tardó días y no añadió gran cosa. Traumatismo craneal por objeto contundente, y después fuego, con acelerante. En ese orden. Mariano estaba vivo cuando ardió.

Las declaraciones se tomaron en el piso de arriba de El Refugio. Lo ofreció Antonio, porque era el único sitio con espacio y con mesas suficientes. La sala del ayuntamiento estaba llena hasta el techo con las sillas plegables que habían alquilado para las fiestas. Pusieron las mesas contra la pared, dejaron dos sillas enfrentadas y una mesa entremedias. El bar siguió abierto. La gente esperaba su turno en la terraza, algunos tomando algo, mientras miraban el movimiento de personas que entraban y salían del bar.

Declararon todos.

Los del grupo uno por uno. Después los vecinos de la parte de arriba del pueblo. Después los que habían estado en el depósito, que eran casi todos. Al final, por teléfono o citados en sus cuarteles, los que ya se habían vuelto a su lugar de origen o los de los pueblos de alrededor.

Todo el mundo había visto algo. Nadie había visto nada útil.

El problema no fue que faltaran testigos, todo lo contrario. Esa noche había cientos de personas en Vallecáncela, fuera de sus casas, moviéndose y muchas bebiendo desde las nueve. Cada declaración colocaba gente en sitios distintos a horas distintas y ninguna encajaba con la anterior. Hubo quien juró haber visto a Mariano en la plaza a las dos, cuando Mariano llevaba ya un buen rato muerto. Hubo quien lo situó bajando con el grupo y quien

lo situó quedándose arriba. Los dos podían estar convencidos y ninguno servía para nada.

Jagoba declaró tres veces.

La primera con su padre al lado, porque tenía dieciséis años. Las otras dos también, aunque para la tercera su padre ya había contactado con un abogado de Bilbao.

No era por el cuerpo. Era por la bengala.

Varias personas declararon que el incendio de los fardos lo había provocado un chaval con gafas sentado en el borde del terraplén. Desde detrás se vio un grupo de críos con bengalas y una de ellas volando. Quién la tenía en la mano en ese momento exacto, a diez metros y de noche, no lo podía decir nadie con seguridad.

Jagoba dijo la verdad las tres veces y las tres veces la dijo igual, en el mismo orden y casi con las mismas palabras. Que él encendió la suya. Que la levantó. Que Mariano le golpeó la mano. Que se le cayó.

Le preguntaron si Mariano y él se llevaban bien.

Dijo que sí.

Le preguntaron por lo de la piscina de Solabón, que había salido en otra declaración. Jagoba explicó que fue una broma y le preguntaron si le había molestado.

Dijo que sí.

Los demás declararon una vez cada uno.

Manuel dio la hora de todo con una precisión que sorprendió a los agentes. Joaquín se enredó, se puso nervioso y repitió tres veces que él estaba en la plaza y que había un montón de gente que lo podía decir. Joseba contó que era su primera noche de fiestas allí en muchos años y que no sabía el nombre de casi nadie. Belén no aportó nada. Martina les puso en orden la secuencia del incendio mejor de lo que la tenían ellos. Eukene contestó a todo, tardó lo que tardaron los demás y salió.

Se habló de los de fuera. Esa noche había gente de Mojeces, de Solabón, de Fuentemayor y de Cuéllar, y la primera explicación de cualquier cosa siempre es alguien que no es de aquí. Se habló de una pelea que no había visto nadie. También se habló de drogas, que era una palabra que servía para rellenar lo que no se podía explicar.

Se habló de los fuegos artificiales. Eso fue lo que más se habló. No porque tuviera sentido, sino porque era lo único nuevo que había pasado en Vallecáncela en años. El primer año que se lanzan cohetes y aparece un chaval quemado. Daba igual que el fuego de los fardos estuviera apagado. Había una relación ahí y el pueblo la quiso recoger.

El alcalde dejó de sentarse en la terraza. Una tarde de esa misma semana, delante de siete personas, un vecino dijo en voz alta que aquello no se tenía que haber hecho nunca y que quien lo autorizó sabía perfectamente lo que había debajo del terraplén. No le contestó nadie. Ni a favor ni en contra.

El entierro fue el trece de agosto, en Cuéllar, cuando devolvieron el cuerpo.

Fue medio Vallecáncela. Salieron coches de la plaza desde las nueve de la mañana, y el que no tenía coche fue en el de otro, como cuando se iba de fiesta a otros pueblos, y en el pueblo se quedaron los que no se podían mover. La iglesia se llenó y quedó gente fuera, de pie al sol.

A Federico le fue peor que a nadie.

El fuego se había comido buena parte de su era. No toda, pero sí la paja de aquel año, que tenía vendida a medias a un ganadero de Solabón, y el borde del rastrojo que baja hacia el camino de las perdices. Los vecinos a los que les gustaba hablar de los demás hicieron cuentas en los días siguientes y salía bastante mal. Federico no tenía seguro. Nadie con sus tierras lo tenía en aquel pueblo, porque el seguro era cosa de las explotaciones grandes y porque hasta esa noche allí no había ardido nunca nada.

El bidón era suyo. Estaba a unos metros del cuerpo, tirado en el suelo, vacío. Muchos vecinos sabían de quién era solo con ver la letra escrita.

Se lo llevaron detenido el diecinueve de agosto, con dos coches parados enfrente de su casa y media calle subiendo la persiana al mismo tiempo. No hubo gritos ni forcejeo ni nada que contar. Federico salió por su puerta con un agente a cada lado, se subió al coche y los coches se fueron. Duró minuto y medio.

Sobre el papel tenía las tres cosas.

Tenía el motivo, porque el incendio le había arruinado la campaña y no iba a cobrar un duro por ella. Tenía el medio, porque el bidón salió de su corral. Tenía la ocasión, porque esa noche estuvo ahí y el cuerpo estaba al lado de su casa.

Lo tuvieron setenta y dos horas en la Comandancia de Valladolid.

Lo soltaron sin cargos. Nadie prende fuego a su propia cosecha, se pasa una hora apagándola delante de medio pueblo y luego sube a quemar a un chaval con su propio bidón a metros de su casa. No había nada que lo pusiera junto al cuerpo y ningún testigo que lo hubiera visto hacer nada. Y estaba la mejor prueba de su inocencia, la que el abogado de oficio repitió tres veces y la que al final pesó: muchos testigos dijeron que habían estado juntos apagando los últimos rastros sobre esa hora.

Firmó unos papeles un domingo por la tarde y volvió en autobús.

El pueblo no lo absolvió.

Le siguieron saludando. Le contestaban cuando hablaba. Lo que cambió fue que dejaron de preguntarle cosas. Que las conversaciones a las que llegaba estaban terminándose siempre. Que tenía que pagar cada trago que tomaba en el bar. Que los críos dejaron de entrar en su corral a coger higos.

Federico lo notó desde el primer día. No dijo nada, porque no había nada concreto que decir y porque decirlo habría sido darle forma.

A Ariadna le pasó otra cosa, y le pasó más despacio.

Declaró cuatro veces. La primera con su padre Federico al lado. Las otras tres sola, porque lo pidió ella, y en cada una contó lo mismo con menos palabras. Había salido de su casa para bajar a la plaza, había visto una forma en el suelo junto a la pared, había pensado que era un animal.

Se acercó.

Eso no lo dijo la primera noche y lo dijo en la segunda declaración. No lo vio de lejos y echó a correr. Se acercó hasta estar a tres metros, lo miró el tiempo suficiente para entender lo que era y quien era y entonces corrió.

Los días siguientes estuvo en la plaza con los demás, contestando cuando le hablaban, con unas ojeras que no venían de trasnochar como las del año pasado cuando se recorrieron los pueblos en fiestas. Dejó de comer bien. Dormía con la luz encendida. En los últimos días de agosto ya casi no bajaba a la plaza.

Su familia tomó una decisión sin consultársela a nadie. Ariadna necesitaba hablar con alguien que no fuera del pueblo, que no hubiera estado allí esa noche y que no la hubiera visto crecer. Se la llevaron a una clínica de Valladolid.

Mariano, mientras tanto, creció. La muerte convierte a la gente en lo que no llegó a ser en vida. El Mariano que se recordaba en septiembre era el de la sonrisa, el de la cerveza en la mano, el que entraba en un sitio y el sitio mejoraba, el que tenía un mote para cada vecino y hacía reír a la plaza entera. Todo eso era verdad. Nada de eso era mentira.

Lo otro se fue cayendo solo, sin que nadie tuviera que decidirlo. La crueldad pequeña. El arte de encontrar el punto exacto. La facilidad para convertir la incomodidad de otro en el entretenimiento de todos.

Antonio puso una foto suya detrás de la barra, enmarcada, a la altura de las botellas.

La investigación continuó abierta en la Comandancia de Valladolid, sin novedades y sin sospechosos. El número de teléfono que habían dejado en el tablón del ayuntamiento no lo marcó nadie.

El pueblo se fue vaciando antes de que llegase septiembre. Los coches cargados, las persianas bajadas, las casas devueltas a los once meses de aire cerrado.

Desde la recta larga de Mojeces, por el retrovisor, el pueblo se veía igual que siempre. La torre de la iglesia, cuadrada y parda. A la izquierda del todo, apartado, el depósito. A esa distancia no se distinguen las calles, ni las puertas, ni la gente. Tampoco se ve la mancha negra a los pies del depósito.

VII

El verano de 2005 llegó igual que todos, y eso fue lo primero que sorprendió a todo el mundo.

Las mismas casas abriéndose a partir del quince de julio, los mismos colchones en las ventanas, las mismas sábanas en las cuerdas de los corrales. El páramo seco. El sol cayendo a plomo entre las once de la mañana y las ocho de la tarde.

El pueblo no tenía ninguna intención de parecer distinto.

La mancha negra del suelo del depósito se la habían llevado las lluvias del invierno.

Federico había sembrado igual que siempre en octubre, porque la tierra no espera a que uno tenga ganas, y en julio la parcela de arriba estaba amarilla y tiesa y no se distinguía de las demás. Quien no lo supiera no lo notaba. Pero en el pueblo lo sabía todo el mundo.

La familia de Mariano no había dejado de ir al pueblo ningún fin de semana. Cuando empezó el verano, su padre se puso a pintar la fachada, que llevaba tres veranos diciendo que iba a pintar.

Esa familia había sido siempre igual. Eran los que ponían la mesa más grande en la probadilla y los últimos que se iban de la plaza. De ahí le venía a Mariano lo que era.

La madre subía al bar por las tardes y se sentaba en la terraza con quien hubiera, aunque lo normal era verla con sus hermanas. Preguntaba por la gente. Se reía. Y hablaba de su hijo con normalidad, lo nombraba en mitad de una conversación y contaba cosas suyas de cuando era crío.

Una de las tardes estaba sentada en la mesa de fuera con dos hombres del campo y la madre de Jagoba, como ya había hecho en otras ocasiones. Antonio recogía los vasos de la terraza. Se habló de la sequía, que era el tema del momento y en algún momento, sin venir a cuento, ella contó lo de Mariano con el tractor.

Que Mariano tenía once años. Que su abuelo había dejado el tractor en el corral con la llave puesta. Que lo arrancó, que llegó hasta el camino del valle y que lo metió en la cuneta con las dos ruedas de un lado en el aire. Que cuando llegaron, el crío estaba sentado encima del guardabarros esperando, y que lo primero que dijo no fue perdón, sino que la cuneta estaba mal hecha.

La contó entera y se rió al final.

Los dos hombres miraron el vaso. Antonio se metió dentro con la bandeja, aunque no la tenía llena. La madre de Jagoba dijo que sí, que menudo era, y lo dijo demasiado bajo. Ella se quedó ahí sentada, esperando a que alguien se riera con ella o le contara otra, y no pasó ni una cosa ni la otra.

Al rato se levantó y dijo que se iba a hacer la cena.

La alegría que ella desprendía, los vecinos no la entendían. Había quien iba a cruzar la plaza, la veía, no se acercaba a la terraza del bar y cruzaba por el otro lado. Había conversaciones que se paraban en seco cuando ella llegaba y que se volvían a arrancar mal. Ella lo notaba todo y aun así seguía yendo.

Lo de las fiestas se decidió en silencio.

En junio hubo una reunión en el ayuntamiento con cinco personas y un orden del día de tres puntos, y el asunto se despachó sin llegar al tercero. Nadie dijo que no hubiera fiestas. Lo que se dijo fue que este año igual era mejor dejarlo porque el pueblo no quería que hubiera fiestas, que había familias a las que no les iba a sentar bien, que ya se vería el año siguiente. Se levantó la reunión sin votar nada.

A la familia no le preguntó nadie.

Cuando se enteraron, el padre fue al ayuntamiento y estuvo veinte minutos con el alcalde y con el concejal de fiestas. Habló sin levantar la voz. Lo que le dijo allí lo repitió luego en la terraza del bar delante de quien quiso oírlo:

—A mi hijo lo que más le gustaba en este mundo eran las fiestas de este pueblo. No se ha perdido una desde crío, y para acordaros de él lo que vais a hacer es no hacerlas.

Y antes de sentarse añadió:

—Y habladnos. Que mi mujer se sienta ahí todas las tardes y se le calla la mesa, y eso hace incluso más daño. Nosotros seguimos siendo los mismos, aunque nos duela su falta.

Aunque le dieron la razón todos, el silencio volvió a ser insoportable.

Después de esa declaración, tampoco hubo fiestas. Estaba hablado desde junio, no se había contratado nada y por debajo de todo había otra cosa que no dijo nadie en voz alta, y era que en Vallecáncela no quedaba una sola persona con ganas de subir al depósito.

No se imprimió programa y tampoco hubo pregón, ni reyes, ni probadilla. No se contrató orquesta. No vino ninguna charanga y las guiraldas del año anterior, que se habían quedado colgadas hasta que el invierno las deshizo, no se repusieron.

Pero el cinco de agosto sí hubo misa. A las ocho de la tarde, con la iglesia más llena de lo habitual. Fue gente que no había pisado la iglesia en su vida. Fue mucha gente de Cuéllar. El cura, que venía de Fuentemayor y llevaba cuatro parroquias, habló poco y lo hizo bien, sin mencionar cómo había muerto. Dijo su nombre tres veces y con eso bastó.

La familia estuvo en el primer banco, entera, y salió la primera. Saludó en la puerta uno por uno a todo el que iba saliendo, agradeciéndoles su presencia.

Luego todos fueron a la plaza. Juntaron varias mesas en la terraza y pidieron para todo el que se sentara. Y en algún momento el

padre de Mariano contó la del tractor. La contó bien y la contó alto, y esta vez se acabó riendo toda la plaza.

Hubo gente que se marchó antes de tiempo porque no podía con aquello.

Cuando se fueron, sobre las dos, la plaza se quedó con la gente de siempre y una sensación rara, porque era cinco de agosto y no había música en la plaza, las peñas estaban cerradas y no había nada que hacer.

Al depósito no subió nadie. No es que estuviera prohibido. Sencillamente, ese verano la calle Real de Arriba se acababa antes de llegar a la casa de Federico, y lo que había más allá dejó de existir. Los críos, que antes subían para tirarse con la bici hasta la plaza, empezaron a hacerlo desde la calle Honda. Los que salían a andar por las tardes daban la vuelta por la carretera. El terraplén se llenó de cardos.

El grupo se seguía juntando porque no sabía hacer otra cosa.

Manuel llegó a finales de julio y no se midió contra el frontón. Ese invierno había dejado el voleibol. No lo contó como una decisión, lo contó como un hecho, y cuando alguien le preguntaba decía que los estudios y el deporte de alta competición eran muy sacrificados y que tampoco iba a llegar a nada, después cambiaba de tema con una habilidad que no tenía el año anterior. Hablaba menos. Seguía ganando al frontenis y seguía sin darle importancia.

Joaquín pasó a segundo de bachillerato sin despeinarse y llegó al pueblo con la camiseta del Valladolid de ese año, más fea que la del 83 pero que él defendía igual. Discutía lo mismo que siempre, pero se enfadaba un poco antes.

Jagoba llegó el veinte de julio, como el año anterior, y esta vez bajó a la plaza desde el primer momento. Eso no fue lo único llamativo. Había crecido de golpe y le había cambiado la cara, pero seguía llevando las mismas gafas. También seguía explicando por qué perdía.

Eukene llegó el último fin de semana de julio, en el mismo coche, con las mismas brasileras. Cumplió dieciséis el cuatro de agosto.

Joseba fue con la intención de quedarse todo agosto. Ese era su segundo verano y ya no se hacía rara su presencia. Ahora era uno de los que siempre estaban. Había conseguido fraguar en el grupo y se sentía muy querido por todos. Bajaba a la plaza el primero, organizaba, se recorría el pueblo entero saludando y tenía la cabeza puesta en conseguir un local para la peña desde el primer día. Trabajaba con su padre desde abril y se le notaba en las manos y en el aplomo. La confianza que tenía le hacía soltar comentarios, sin maldad, con gracia, de los que todos se reían, pidiendo perdón después a la persona afectada por si podía haberle incomodado su comentario.

Las chicas llegaron al verano divididas. No por nada grave. Por esa clase de diferencias que salen cuando la gente empieza a saber quién es y descubre que no coincide completamente con quien tiene al lado. Martina y Belén formaron grupo con las que venían

detrás, cuatro o cinco crías de trece y catorce años que las seguían a todas partes. Se hicieron ruidosas y numerosas y ocuparon el espacio con una facilidad que no necesitaba permiso.

Ariadna no estuvo en ese grupo. Volvió al pueblo a mediados de julio, con su padre, en el mismo coche de todos los veranos. Llegó más delgada y con una quietud encima que de lejos se parecía a la paz. Contestaba cuando le hablaban. Se reía de lo que había que reírse.

De la clínica no habló, tampoco nadie le preguntó a la cara, aunque lo sabía el pueblo entero.

Se juntó con las mayores. Con Ángeles, que tenía la edad de Joseba, y con Tara y Alicia, que le sacaban dos y tres años. Hacían planes de otro tipo y hablaban de otras cosas. Encajó ahí sin que nadie tuviera que dar explicaciones.

Dos peñas. Dos maneras distintas de entender el verano, que en la práctica eran dos grupos que se saludaban con la cordialidad justa y no se mezclaban.

Los chicos gravitaban alrededor de ellas. Entraban en las conversaciones de las mayores cuando coincidían en la plaza y se iban a las piscinas con el grupo grande. Ninguno quería llevarse mal con nadie, así que se llevaban bien con todas, y eso en la práctica significaba jugar a dos bandas. Contaban en una peña lo que habían oído en la otra, sin mala idea, solo por tener algo que contar. Le daban la razón a Martina por la tarde y se reían de lo mismo con Ángeles por la noche.

Se reían de las tensiones entre las chicas como quien mira un partido de tenis desde la grada.

El verano se hizo largo.

Frontenis a las ocho. La pocha en El Refugio hasta que Antonio cerraba. La piscina de Solabón las tardes que apretaba de verdad, bajando por el camino del valle, con la sombra a trozos y el hilo de agua sonando entre las piedras. Jagoba llevó la Play al corral de Joaquín alguna tarde de tormenta, y hubo doce personas peleándose por dos mandos durante cuatro horas. Joaquín ganó el torneo que prepararon en el Pro Evolution 2 sin mucho esfuerzo.

Sin fiestas, agosto se quedó en lo que era cuando no había nada programado.

De Federico ya no se hablaba en los corrillos. En 2004 se había hablado mucho y en voz baja. En 2005 ya no hacía falta hablar, porque estaba todo dicho. Él bajaba al bar por las mañanas y después subía a sus tierras, y por las tardes estaba en su corral o no estaba. Iba y venía de Valladolid dos o tres veces por semana. Saludaba. Le saludaban.

A mediados de agosto vendió la parcela de arriba, la que se había quemado, a un vecino que llevaba años detrás de ella. La vendió barata y la vendió deprisa. El pueblo lo supo y fue la comidilla de esos días. Hubo quien dijo que era porque necesitaba el dinero. Esa parcela estaba en su familia desde su abuelo.

La investigación de la muerte de Mariano no avanzó.

Vinieron dos agentes una tarde de finales de agosto, estuvieron dos horas, hablaron con el alcalde, Antonio y tres vecinos y se fueron. No preguntaron nada nuevo. Alguien dijo que habían venido a ver si podían cerrar el caso y probablemente era verdad.

El expediente seguía abierto en Valladolid, sin novedades y sin sospechosos, y en Vallecáncela había gente que ya hablaba de aquello en pasado, como una cosa que le había ocurrido al pueblo y no como una cosa que alguien había hecho.

El verano terminó despacio. El calor bajó a partir del veinte de agosto, los coches se fueron cargando, las persianas bajadas, y para la primera semana de septiembre quedaban las cuatro casas de siempre.

Ese año no pasó nada en Vallecáncela.

VIII

En 2006 volvió a haber fiestas.

Se decidió en marzo, en una reunión que esta vez tuvo más de cinco personas, y se decidió deprisa, porque en el fondo estaba decidido desde el verano anterior. Dos años. El pueblo los había contado sin decirlo en voz alta.

El programa se imprimió y se colgó en el cristal de la puerta del bar. El pregón y la probadilla, orquesta dos noches y disco móvil otras dos, charangas por el día, concurso de deportes rurales, campeonato de pocha, paella en el pilón, un día de hinchables acuáticos para los críos, la romería en la que se sacaba en procesión a los Santos Niños Justo y Pastor. Ese año había el doble de presupuesto. De fuegos artificiales no había una sola línea. No hizo falta que nadie lo dijera.

El pregón lo dio la familia de Mariano.

Lo propuso el concejal de fiestas en la misma reunión de marzo y no hubo que discutirlo. Alguien llamó a Cuéllar esa misma noche y contestaron que sí antes de que terminara de explicarse.

Subieron al balcón una de las tías, el padre y la madre, y habló ella.

Habló poco y habló bien. Dijo que hacía dos años que nadie salía a ese balcón y que estaba bien que se volviera a abrir. Dijo que su

hijo no se había perdido unas fiestas desde que sabía andar y que a él le habría parecido una barbaridad que el pueblo se quedara callado por su culpa. Dijo que ellos habían venido a pasarlo bien, que era lo único que sabían hacer, y que esperaban que nadie se sintiera mal por mostrar sus sonrisas delante de ellos.

Por último, dijo que quedaban inauguradas las fiestas de Vallecáncela. La plaza respondió con un aplauso de los largos, de esos que empiezan solos y van cogiendo fuerza sin que nadie los dirija.

Ese año vino más gente que otros años.

En parte porque el cinco caía en sábado y la gente podía venir sin pedir nada en el trabajo. Por otra parte, por esa fuerza callada y constante que hace que alguien quiera estar en el sitio donde pasó lo que pasó el mismo día que pasó, aunque no lo reconozca ni ante sí mismo. Aparcaron coches hasta en el camino de las perdices.

Ese año los reyes de fiestas fueron Joseba y Ángeles.

Eran los únicos que coincidían en edad. Ángeles era alta y resuelta, estudiaba periodismo en Madrid y tenía una manera de moverse que daba a entender que sabía exactamente dónde iba, aunque no fuera a ningún sitio en concreto.

Joseba recibió el nombramiento en el balcón con la sonrisa abierta que se había convertido en su marca, saludó con las dos manos y dijo cuatro frases que no estaban preparadas y que hicieron reír a la plaza.

Llevaba el pelo más largo que el año anterior, liso con la raya al medio y cayendo a la altura de los hombros sin llegar a rozarlos. En el pueblo no había nadie igual. Desde el banco de abajo salieron los comentarios de siempre, los gestos de tijeras y los del hacha en la cabeza y él se reía, porque llevaba dos veranos oyéndolos y ya formaban parte de su vida. Varios años atrás era el chico gordo de la Motoretta que decía que no cuando le llamaban. Costaba encajar las dos cosas en la misma persona y casi nadie se molestó en intentarlo.

Ese verano las chicas consiguieron local.

Fue Martina la que lo habló con su tío, que tenía la trasera cerrada desde hacía años, y se lo dejó a cambio de que se lo devolvieran limpio en septiembre. Eran cinco metros cuadrados en la calle Honda, con una puerta de metal que cerraba mal y una bombilla colgando de un cable.

Lo pintaron de blanco en una tarde. Metieron dos sofás que alguien iba a tirar, una nevera pequeña que trajo el padre de Belén en el maletero y una mesa baja de las de salón. Compraron hielo y refrescos y lo apuntaron en un cuaderno que no duró muchos días.

Era de ellas y eso era todo lo que importaba.

Los chicos no tenían local y rondaban alrededor del de ellas con la comodidad de los que no han pedido permiso, pero que tampoco se lo han denegado. Entraban, se sentaban, se bebían lo

que había y de vez en cuando aparecían con una bolsa de hielo para no aparecer con las manos vacías.

Ariadna, Tara, Alicia y Ángeles no tenían local ni lo querían. Se movían por la plaza o se iban a los pueblos de al lado. Tenían coche porque alguna ya tenía diecinueve años.

Daniel, Celso y Meritxell eran tres o cuatro años más y, a esas edades, eso es otro mundo. Tenían coche y carné, y en la práctica eso los convertía en el transporte del pueblo entero. Se les avisaba y aparecían. No pedían nada a cambio y a nadie se le ocurría ofrecérselo.

Los llevaban a por hielo, a por carne para barbacoa, a por lo que hiciera falta, y se volvía con lo que se había ido a buscar y algo más. En esos viajes se aprovechaba para parar en cualquier estanco donde se vendieran las tarjetas de recarga de saldo para los teléfonos móviles y ahí se bajaba todo el coche. Veinte euros. El del estanco sacaba la tarjeta del cajón, la cobraba y se acabó la conversación.

Luego, ya en el coche, cada uno rascaba la banda plateada con una moneda, marcaba el código y esperaba el mensaje que le decía el saldo que le quedaba, y el que se equivocaba al teclear lo decía en voz alta para que se rieran los demás.

Joaquín cambiaba de compañía todos los veranos. Se iba a la que le regalaba llamadas y se iba a otra cuando otra le regalaba más, y cada vez repartía el número nuevo por la plaza y había que

apuntarlo otra vez. Al final dejó de apuntarlo nadie. Se le daba un toque y que llamara él, que para eso tenía minutos gratis.

Los mayores eran los primeros sospechosos de cualquier cosa que había pasado por la noche en Vallecáncela. Su historial no mentía.

Daniel era alto y estaba musculado de una manera que no se conseguía sin ir al gimnasio seis días a la semana. Llevaba el pelo rapado por los lados, una cadena de plata bastante gorda, camisetas de tirantes super ajustadas desde mayo y las gafas de sol en la cabeza también de noche. El coche lo tenía bajado y con un equipo de música que se oía llegar desde la carretera antes de que se viera. Estaba preparando las oposiciones de prisiones, que llevaba tres años estudiando en serio, y en el pueblo se hacía la broma cada verano: que a ver en qué lado de la reja acababa.

Celso era el único de los tres que vivía en el pueblo todo el año, y eso se le notaba en cada cosa que hacía. Jagoba tenía la misma forma de la cara que él, pero Celso le sacaba media cabeza y era el doble de ancho. También tenía la virtud que a Jagoba le faltaba, que era callarse lo que ya sabía. Estaba haciendo las prácticas en un banco de Olmedilla y bajaba al pueblo por las tardes con la camisa todavía puesta. Tenía una cara de las que te podías fiar.

Meritxell era prima de Eukene y de Joseba, y aunque no vivía en el pueblo todo el año, a esas alturas nadie lo habría dicho. Acababa de terminar Bibliotecología y todavía no sabía qué iba a hacer con eso. Era muy graciosa y lo sabía, y tenía esa facilidad para que una mesa entera se girase hacia ella sin haber levantado la voz. También era muy dada. Decía que sí a todo. Se apuntaba

a planes que no le apetecían, hacía favores que nadie le había pedido y se quedaba con el marrón cuando había un marrón. En el pueblo la querían mucho, y una parte de por qué la querían tanto era esa, aunque a ella no le hacía gracia que la conocieran por esa faceta. Era también la última en irse a casa. Siempre. Cerrase a la hora que cerrase el bar, hubiera orquesta o no la hubiera, Meritxell aguantaba hasta que no quedaba nadie con quien aguantar, y al día siguiente estaba en la plaza como si no hubiera pasado nada.

La noche del cinco fue larga y fue buena.

Después del pregón y de la proclamación de reyes salió la charanga y empezó la probadilla, y el pueblo se echó a la calle detrás como se había echado siempre. Las limonadas casa por casa, los chavales apañándose las para participar más de lo que sus edades recomendaban y la orquesta que arrancó a la una y estuvo tocando hasta las cinco.

A las seis y media, cuando el cielo empezó a ponerse azul por encima del páramo, el grupo subió al depósito a ver amanecer.

Se juntaron unos cuantos, y subieron sin proponérselo, andando calle arriba con lo que quedaba en los vasos, con la sensación de que la noche ya no daba para más y nadie quería ser el primero en irse a dormir. Ninguno dijo nada al llegar. Algunos se sentaron en la repisa del depósito, otros se quedaron de pie. Muchos se abrazaron cuando el sol les dio en la cara por encima del páramo. Alguno aprovechó.

Era la primera vez en dos años que subían ahí.

Nadie nombró a Mariano. Ni esa noche, ni antes. Sin embargo, estaban todos en el mismo sitio, el mismo día y casi a la misma hora. Faltaba él, y esa falta tenía una forma muy concreta en el silencio.

No bajaron juntos. Se fueron despacio, solos o de dos en dos, según dieran la noche por terminada. Los últimos bajaron con el sol ya entero.

IX

La tarde del seis de agosto tenía ese calor quieto que se instala cuando el viento desaparece y el aire de la meseta se vuelve una cosa sólida.

El pueblo dormía la primera resaca. La plaza estaba vacía, el bar cerrado, la terraza recogida. A media tarde, Martina y Belén subieron por la calle Honda hacia la peña para adelantar la limpieza y meter hielo antes de que llegaran las demás. Iban riéndose de algo de la noche anterior.

Y entonces vieron el percal. Dos bancos atravesados de pie y en diagonal contra la puerta de la peña. Los bancos de madera de siempre, los que llevaban años pegados a la pared de enfrente y que se habían comido diez años de cotilleos de abuelas, colocados ahora en una diagonal muy estudiada, para que se notara que alguien había estado ahí.

Las dos se pararon en seco. Se miraron.

El primer pensamiento fue susto. El segundo fue broma. Y el tercero, casi inmediato, fue el reparto de sospechosos: Daniel, Celso y Meritxell, los de siempre para este tipo de cosas. Tenían todas las papeletas.

Las dos chicas apartaron los bancos y los devolvieron a su sitio. Luego abrieron la puerta.

El sonido que les salió no llegó a ser un grito. Fue algo más hondo e involuntario, de esos que produce el cuerpo antes de que la cabeza haya terminado de entender lo que están viendo los ojos.

Los dos sofás del revés. La mesa baja partida. La nevera en la pared del fondo, abierta de par en par, desenchufada y chorreando, con las bolsas de hielo deshechas y un charco que llegaba hasta la puerta. Los refrescos reventados contra las paredes y contra el techo, secándose ya con el calor. La barra, fabricada con cajas de plástico de la fruta y una chapa de hojalata, desmontada en el suelo. En cinco metros cuadrados había una destrucción que parecía desproporcionada para el espacio disponible, como si hubiera pasado por allí un huracán.

Se pusieron a recoger llorando.

No era rabia. La rabia llegó después. Era esa tristeza confusa de no entender qué le pasa a alguien por la cabeza para hacer una cosa así a un grupo de chicas que a nadie le hacía daño.

Belén fue a enchufar la nevera.

El calambrazo le llegó antes de que pudiera reaccionar. Alguien había quitado el embellecedor del enchufe y había dejado los cables a la vista, y los dedos de Belén los tocaron directamente. Se apartó de golpe. En el índice y en el pulgar de la mano derecha se le empezaron a formar dos ampollas casi de inmediato.

Martina la cogió del brazo y la sentó en el suelo, en el único trozo que no estaba mojado, y le curó los dedos con lo que llevaba encima.

Estaban las dos así cuando apareció Berto en la puerta.

Este chico era de Burgos y para entonces, tenía la edad más incómoda del pueblo. Le sacaba un par de años al grupo y le faltaban otros dos para los mayores. Por eso se juntaba con quien podía. Era bajito y un culo inquieto. Hablaba deprisa, se levantaba de la silla cada dos minutos, empezaba tres conversaciones a la vez y no terminaba ninguna. Intentaba una gracia por minuto y le salía una de cada diez, y las otras nueve las remataba con una risa corta y fuerte, por si alguien se animaba a acompañarle.

Era primo de una de las chicas de la Peña. Esa era la razón por la que se acercó esa tarde. Llevaba un buen rato dándole vueltas a algo y había decidido que ya no podía seguir callándose. Se le notaba en la cara antes de que abriera la boca. Entró, miró el estado de la Peña, miró el charco, miró los dedos de Belén, y luego las miró a ellas.

Dijo que lo sentía. Que lo habían hecho sin pensar. Que habían entrado, lo habían puesto todo del revés y habían salido en cuestión de segundos, casi sin hablar. Que habían sido Ángeles, Tara, Paco, Joseba y él.

Que la llave la había conseguido Joseba, y que no había preguntado cómo.

Martina le escuchó todo sin decir una palabra. Luego miró a Belén. Luego volvió a mirar a Berto.

—¿Dónde está Joseba ahora?

Berto se encogió de hombros.

Esperaron a que llegasen todas las chicas y fueron a buscarle.

Primero preguntaron a los chicos, que estaban en la terraza del bar con sus Aquarius, recuperando las energías perdidas la noche anterior y esperando a que empezara el recital de poesía que el ayuntamiento había organizado para las siete y media. Dijeron que no le habían visto en todo el día. Tampoco les extrañaba. Joseba siempre tardaba lo suyo en aparecer.

Después fueron a su casa. Abrieron sus padres. Dijeron que no le habían visto desde la probadilla, que estaría durmiendo en su habitación, que si era urgente le despertaban.

Eukene, que había subido con el grupo, les dijo a sus tíos que no. Que Joseba no había dormido en casa, que ella le había perdido la pista en el depósito, cuando ella se fue a dormir. Como dormían en la habitación de dos camas, ella dijo que al despertarse su cama aún estaba hecha.

El padre subió a la habitación a comprobarlo y bajó sin decir nada. Empezaron a llamarle al móvil. Apagado. Llamaron cuatro o cinco veces en media hora y siempre lo mismo.

El grupo de chicas volvió a la plaza y contaron lo de la peña delante de todos, con la intención de que alguien dijera algo, y Joaquín soltó una gracia sobre Joseba que le arrancó una carcajada a Jagoba.

La conversación estaba empezando a dar vueltas sobre sí misma cuando se oyeron las ambulancias.

Sonaron por la carretera de Cuéllar y no sonaban de paso. Se quedaron abajo, cerca del pilón, con esa insistencia que tienen las sirenas cuando dejan de moverse. El grupo entero se levantó sin que nadie lo dijera. Bajaron por la calle de Mojeces y se encontraron la bajada al pilón acordonada, con dos guardias civiles en la entrada y las luces girando contra las paredes de piedra.

Desde lo alto de la calle consiguieron asomarse.

Abajo, en el lavadero, en ese rectángulo de agua quieta y oscura que en otro tiempo sirvió para limpiar y donde ahora solo hay carpas, los técnicos estaban sacando un cuerpo del agua.

No hizo falta que nadie preguntara quién era.

El pelo rubio y largo lo decía todo.

X — Segunda confesión

6 de agosto de 2006

Han pasado dos años. Exactamente 731 días.

El cuaderno me estaba esperando donde lo escondí. Cogiendo polvo encima del armario. Donde mi abuela nunca limpia. Donde mi madre no alcanza a ver. Ahí seguía, mi confidente, con las tapas un poco más amarillas por la humedad de esta casa y con ese olor a tiempo cerrado que tienen las cosas que esperan sin quejarse.

Lo he abierto y he leído lo que escribí aquella noche.

Me ha costado reconocerme. No porque lo que he leído fuera mentira, sino porque quien lo escribió todavía no sabía lo que era. Tenía miedo de su persona. Buscaba palabras para algo que no tenía palabras.

Ahora las tengo.

Han sido dos años de enfriamiento. Meses preguntándome qué me pasaba. Si era normal. Dándole vueltas a esa pregunta como si tuviera respuesta. Y ya me he dado cuenta de que no lo soy. Normal, quiero decir. Y eso ya no me asusta. Me parece, si acaso, un alivio.

Qué poder. Qué placer.

Y no me arrepiento de nada.

Volvía de la peña de El colapso por la calle Honda hacia mi casa. Eran cerca de las siete y media de la mañana. El sol había salido del todo y el pueblo estaba en ese letargo del descanso de una noche de fiestas, cuando la gente empieza la resaca.

A la altura de la casa del Diogo he escuchado susurros. Risas contenidas. De esas que se cortan a la mitad porque alguien está haciendo algo que no debería.

Me he parado. Sin hacer ruido me he acercado a la esquina desde donde se ve la entrada a la peña de las chicas.

Ahí estaba Joseba.

Le he observado sin que me viera. Daba órdenes en voz baja a Paco y a Tara, que dudaban riéndose con esa forma nerviosa del que está haciendo algo ilegal y no sabe muy bien cómo ha llegado hasta ahí. Berto entraba y salía sin saber qué hacer con las manos. Ángeles no paraba de mirar calle abajo.

Mandaba él. No había ninguna duda de quién mandaba.

Me ha sorprendido verle así. Cómo ha cambiado este chico. Le he visto seguro, expansivo, con esa ascensión de personalidad que dan los años cuando alguien decide reinventarse y le sale bien.

También he visto la prepotencia que ha ido adquiriendo año a año. La necesidad de tener público a todas horas. Esa manera suya de reírse de la gente cuando la gente no está y de pedir perdón a los que si están para poder volver a hacerlo la semana siguiente con la conciencia limpia.

He visto cómo cerraban la puerta de la peña. Cómo colocaban los bancos en diagonal sobre ella. He visto suficiente para entender que lo que habían hecho dentro no estaba bien.

Luego echaron a correr. Paco, Tara, Berto y Ángeles hacia lo alto de la calle Real de Arriba. Joseba hacia la plaza, por la calle Honda.

Le he gritado desde atrás. Como quien baja de arriba y no ha visto nada.

Se ha girado. Se ha reído con su carcajada, la de estar de muy buen humor consigo mismo, y me ha contado que acababa de poner unos bancos en la puerta de la peña de las chicas. Lo ha dicho como quien cuenta un logro. Derrochando la chulería del que se cree divertido por hacer daño y espera que los demás le celebren las gracias.

Se las he celebrado. No me ha costado nada.

Creo que ahí, sin saberlo, ha decidido su destino.

Me ha preguntado si le acompañaba al pilón. Que había dejado escondida una botella de vodka a medias. Me ha

contado que la había robado de la nevera de la peña de los pequeños y que no le había visto nadie. Con un orgullo que no le cabía en el pecho.

Le he dicho que sí.

Hemos bajado por la calle de Mojeces y hemos oído el murmullo del agua. Como era normal a esas horas, no había nadie. El agua se movía con esa corriente lenta y continua que provocan los caños. La botella estaba donde él decía, en el borde interior, medio sumergida para mantenerla fría.

Joseba se ha agachado a cogerla.

Yo, a cada paso del camino, he ido calculándolo todo. El ángulo. La distancia. El peso del cristal en la mano. Lo he calculado todo en los dos minutos que hemos tardado en bajar, tirando de esa precisión que me sale sola cuando algo me importa de verdad. No sé desde cuándo tengo esa capacidad. Quizás siempre la he tenido y no lo sabía.

He cogido la botella cuando me la ha dejado para que comprobara lo fría que estaba. No la he tenido que pedir.

He notado el peso en la mano. El cristal húmedo y frío.

Y se la he estrellado en la cabeza.

El sonido ha sido distinto al del vaso de cubata de hace dos años. Más grave. Más lleno. Más golpe. El cristal grueso de la botella no se ha roto del todo, solo se ha

agrietado, y por eso el impacto ha sido todavía más sólido, más real, como golpear con algo que tiene densidad y masa y no quiere romperse.

Joseba ha dado un paso hacia atrás con los ojos completamente abiertos. Qué mirada. Cómo la he gozado. Esa mirada que decía que todavía no era capaz de entender, sin procesar lo que acababa de pasar, y ese paso hacia atrás le ha llevado al borde del lavadero.

Ha caído hacia atrás. Despacio, casi con elegancia, como caen las cosas pesadas cuando pierden el equilibrio.

El agua del lavadero estaba quieta, reflejando la silueta de los árboles que dan al camino de la pililla. El cuerpo no iría a ningún lado. Lo he sabido en el momento en que ha caído.

Me he quedado mirando.

Joseba ha intentado incorporarse. Lo ha intentado a ciegas, con el cuerpo todavía convencido de que podía. Sus brazos han buscado el fondo del lavadero, pero no llegaban del todo, o llegaban sin fuerza, vaciados por el golpe que su cabeza no debería haber recibido. La sangre salía de la herida y el agua la cogía enseguida, la diluía, la llevaba en un hilo de corriente finísima hacia la tubería del desagüe. Sin hacer ruido. En calma.

Me he acercado al borde.

Le he puesto la mano en la cabeza. Le he apretado la herida. Con cuidado. Sin prisa. Disfrutando del momento.

Cuando ha abierto la boca para gritar he empujado hacia abajo.

No ha habido lucha. Solo un movimiento, una resistencia que ha durado segundos y luego se ha acabado, como se acaban las cosas que no tienen más fuerza que dar. El agua del lavadero ha vuelto a su quietud de siempre. Las carpas han salido de su escondite y han vuelto a nadar tranquilas, mirando a la nada. La silueta de los árboles ha dejado de bailar.

Me he quedado mirando hasta que no ha habido nada más que mirar.

Me he levantado. Me he secado la mano en el pantalón. He recogido la botella agrietada y he empezado a subir la cuesta hacia la carretera sin mirar atrás. He llegado a la travesía Podadera y he dejado la botella en el contenedor, escondida bajo las bolsas de basura del bar.

He llegado a casa y he disfrutado al comprobar que he sentido lo mismo que la primera vez. Ese cosquilleo en el estómago que no es culpa ni es miedo. Esa cosa sin nombre que cada vez reconozco mejor.

Esta vez no me ha sorprendido la erección.

Esta vez la esperaba.

Esta vez la he disfrutado.

En la ducha que me acabo de dar he eyaculado al recordarlo.

Ahora el pueblo está en silencio. Dos veces he sentido este silencio desde esta silla con este cuaderno en las manos.

Voy a guardarlo donde estaba. Sé que esta vez la espera no será tan larga. Y él seguirá aquí, esperándome.

XI

El informe sobre la muerte de Joseba fue breve.

Alcohol en sangre muy por encima de lo que aguanta un chico de su edad, traumatismo craneal en la zona parietal, compatible con una caída sobre superficie dura y consistente con el borde de piedra del lavadero, pérdida de conocimiento, inmersión posterior en agua de escasa profundidad, agua en los pulmones, lo que situaba la muerte dentro del agua y no antes. Hora estimada entre las seis y las ocho de la mañana del día seis de agosto. Sin signos de violencia externa. Sin testigos. Sin sospechosos.

Muerte accidental.

El pueblo lo aceptó porque tenía todo el sentido del mundo. Un chaval de dieciocho años que lleva desde las nueve de la noche anterior bebiendo, que se separa del grupo al amanecer, que baja solo a un sitio con piedra mojada y musgo, y que va a coger una botella del borde de un pilón. Ahí se resbala cualquiera. Ahí se había resbalado ya mucha gente, solo que las otras veces se habían levantado mojados y riéndose.

Aun así. Dos jóvenes en dos años. El primero quemado. El segundo ahogado. Los dos en fiestas y los dos sin culpable. Vallecáncela empezaba a tener una reputación que nadie había pedido y que nadie sabía muy bien cómo se iba a quitar de encima.

La Guardia Civil no tuvo mucho que investigar, pero sí tuvo que reconstruir la noche, y para reconstruir la noche había que saber quién le había visto por última vez.

Así salió lo de la peña.

Los llamaron a los cuatro. A Ángeles, a Tara, a Paco y a Berto, y como Joseba estaba muerto, los cuatro tuvieron que explicar dónde estaban a las siete de la mañana y con quién. Lo contaron. No tenían otra cosa que contar. En cuanto lo contaron dejó de ser un asunto de cinco personas y un local de pocos metros cuadrados.

Como es normal en estos casos, lo acabó sabiendo el pueblo entero.

Las de la peña no habían denunciado nada. No se les había pasado por la cabeza y a esas alturas ya daba igual. Vinieron dos agentes a ver el local, tomaron nota de los desperfectos, miraron el enchufe sin embellecedor y le preguntaron a Belén por los dedos. Belén enseñó las dos ampollas y dijo que ya estaba mejor. Le preguntaron en dos momentos diferentes si quería poner una denuncia y dijo que no las dos veces.

Lo del enchufe no lo reconoció nadie. Los cuatro dijeron lo mismo que le había dicho Berto a Martina en la puerta, que ellos entraron, lo pusieron todo del revés y salieron, y que de los cables no sabían nada.

Quedó ahí. Un agente escribió la palabra gamberrada en algún papel y el papel se archivó con lo demás.

Pero por las calles del pueblo se seguía comentando. Se hacía en voz baja y cambiando de tema cuando pasaba alguien de la familia. Porque una cosa es que un chaval de dieciocho años haga una tontería a las siete de la mañana después de una noche entera bebiendo, y otra cosa muy distinta es decirlo la semana en que lo están despidiendo.

A Joseba le pasaba con Vallecáncela una cosa que no sabía explicar y que en su casa habían oído más de una vez. Que aquí respiraba de otra manera. Que era el único sitio donde no tenía que ser nada en concreto.

Lo dijo un día comiendo, con dieciséis años y con el recuerdo de Mariano aún presente. Que, si algún día se moría, que lo quemaran y lo echaran por el pueblo. Su madre le contestó que no dijera tonterías y se habló de otra cosa.

Dos años después no hubo nada que discutir.

Podía haber sido en otro sitio. Su vida la tenía en el norte, y la familia de su madre es de Extremadura, que era por lo que de niño aparecía dos días y se volvía a marchar. Su padre nació en Vallecáncela. Tres pueblos, y para él, el suyo era este.

Lo incineraron en Valladolid el diez de agosto y el once llegaron con la urna al pueblo.

Esparcieron una parte por sus calles, como él había pedido. El resto lo enterraron en el pinar que tiene la familia bajando al valle, debajo de un pino que plantaron ese mismo día su padre y su tío, con la tierra todavía suelta alrededor.

A lo del pueblo fue todo el mundo y a muchos vecinos les recordó a las romerías de las fiestas. A lo del pino fueron solo sus amigos.

Sus padres aguantaron de pie todo el tiempo. Su madre no dijo una palabra en toda la mañana, y cuando terminó se la llevaron sus dos hermanos cogida por debajo de los brazos.

Después, en las semanas que quedaban de agosto, empezó a pasar lo mismo que había pasado dos años antes con Mariano.

Lo que quedó de Joseba fue la parte buena. El que saludaba primero. El que cruzaba la plaza y se paraba con todo el mundo. El que se había hecho a sí mismo un invierno cualquiera y le había salido bien, y el que dos veranos después era rey de fiestas y hacía reír a la plaza desde el balcón con cuatro frases sin preparar.

El ayuntamiento puso la valla antes de que acabara el mes. Una valla metálica de hierro pintada de verde, atornillada al borde de piedra del lavadero, de un metro y poco de alto, con cuatro barrotes. La puso el herrero de Fuentemayor un jueves por la mañana y tardó tres horas. Nadie pidió que fuera bonita.

El verano siguió adelante. El grupo se juntaba, pero ya no organizaba. Nadie proponía nada. No había plan, no había hora y no había sitio: simplemente aparecían, uno a uno, en la plaza, en las mesas de la terraza del bar, con esa inercia de los cuerpos que vuelven a donde han sido felices aunque la felicidad ya no esté donde la dejaron.

Se jugaba al frontenis por la tarde. Manuel ganaba. Joaquín lo hacía lo mejor que podía y se enfadaba. Jagoba perdía y explicaba

por qué había perdido, con la diferencia de que ese año nadie le discutía nada, y no por pereza.

A mediados de agosto el ayuntamiento les cedió un aula de las antiguas escuelas.

No lo pidió nadie. Fue el concejal de fiestas el que se lo dijo a Joaquín una tarde en la barra, así, de pasada, que si querían el aula grande para juntarse. Las escuelas llevaban cerradas desde que se quedaron sin niños suficientes y el edificio se usaba para el carnaval y para poco más. Había dos aulas, un pasillo corto que las unía y un jardín como entrada con una higuera al fondo, unos columpios y un tobogán.

No se votó en ningún pleno y no hizo falta preguntar por qué se lo dejaban.

El aula era grande, mucho más de lo que necesitaban, con las paredes blancas manchadas por abajo y unos ventanales altos con la carpintería comida. Se llevaron unos sofás, una nevera que alguien trajo en el maletero, cuatro sillas de plástico prestadas sin permiso de la terraza del bar y una mesa de camping. El primer día sonó a hueco. A la semana ya olía a Peña.

En la pizarra, que seguía en su sitio con el marco de madera y con tizas en su repisa, alguien escribió dos nombres.

Mariano.

Joseba.

Los escribió de noche y a la mañana siguiente estaban ahí. Nadie los borró en todo el verano, y cuando alguien escribía cualquier otra cosa en la pizarra la escribía debajo, dejando esa esquina en paz.

XII

Las fiestas de Mojeces de Arriba caen a mediados de agosto.

Los chicos fueron porque no había ninguna razón concreta para no ir, que a veces es el único motivo que hace falta. Se subieron a los coches de Daniel y de Celso, que echaban una mano siempre que se les pedía, y recorrieron los tres kilómetros de curvas que separan los dos pueblos. En los coches iba esa expectativa un poco desganada de salir de casa sin saber muy bien qué se busca.

Joaquín iba especialmente animado. Era una de sus últimas noches del verano. Al día siguiente volvía a Valladolid porque en septiembre empezaba en la universidad y tenía cosas que resolver antes, y esa perspectiva le había puesto una energía un poco forzada, de las de querer exprimir lo que queda porque sabes que se acaba. Empezó con los cubatas a las once y no bajó el ritmo en toda la noche.

Fue esa noche, en Mojeces, donde conocieron a las chicas de Solabón.

Eran tres y estaban apoyadas en la barra de una peña. El acercamiento lo provocó Luz sin querer, porque gritó el nombre de una calle de Valladolid en mitad de una conversación y Joaquín se giró.

Luz era alegre y expansiva y tenía esa facilidad para hacer reír que convierte a algunas personas en el centro de cualquier sitio donde estén. Vivía en el mismo barrio que Joaquín, a cuatro portales, y llevaban toda la vida sin conocerse. Encontrarse en una peña de Mojeces de Arriba a las dos de la mañana les hizo una gracia desproporcionada y estuvieron media hora poniendo nombres a gente que los dos conocían.

Catalina era lo contrario. Escuchaba más de lo que hablaba y guardaba lo que escuchaba. Estuvo un buen rato al margen, con el vaso en la mano, siguiendo la conversación sin meterse en ella, y cuando se metió lo hizo con una frase corta.

Rubí tardó más en mezclarse. Tardó hasta que alguien de Mojeces les preguntó si eran los amigos de Joseba. Rubí se quedó quieta un segundo.

—Era mi primo —dijo—. Bueno. Primo lejano. Los abuelos de nuestros padres eran hermanos.

Se hizo un silencio de los malos.

Nadie sabía qué decir para salir de ese silencio. Alguien murmuró que lo sentía. Rubí dijo que no pasaba nada, que ella casi no le conocía, y se notó que lo decía para arreglarlo y no porque fuera verdad.

A partir de ahí la noche se vino abajo. El grupo empezó a hablar de irse. No lo dijo nadie en voz alta al principio, fue esa cosa que se propaga sola. Uno mira el reloj, otro dice que mañana hay que

madrugar, otro se termina el vaso y no pide más. En veinte minutos estaban casi todos junto a los coches.

Joaquín se encendió.

—¡Maricones! ¡Que no aguantáis nada! ¡Que son las tres!

Le dijeron que se subiera al coche. Le dijeron que estaba borracho y eso fue peor.

—¡Idos en coche! ¡Idos! ¡Ojalá os estrelléis en la siguiente curva! ¡Ojalá volquéis! ¡Yo me voy andando!

Se quedaron unos segundos mirándole y luego se subieron a los coches, porque a esas horas y con esa cantidad encima no había conversación posible. Daniel arrancó el primero. Manuel bajó la ventanilla y le dijo algo que Joaquín no contestó.

Se fue andando por la carretera, con las luces de los dos coches alejándose delante de él. Recorrió tres kilómetros de curvas cerradas y el valle a oscuras.

Nadie volcó.

Llegó a Vallecáncela y se metió en casa sin encender la luz. Al día siguiente pidió perdón a todo el mundo, uno por uno, con una vergüenza que se le notaba desde la otra punta de la plaza, y a la semana siguiente se contaba como una anécdota más.

El verano de 2006 terminó sin más. Sin más sirenas. Sin más cuerpos. El calor fue bajando a partir del veinte de agosto, los

coches se fueron cargando, las persianas bajadas y el pueblo se fue quedando en las cuatro casas de siempre.

XIII

De Vallecáncela a Mojeces de Arriba hay tres kilómetros de carretera y la misma cantidad de curvas.

La primera es la famosa. Baja desde el alto con una recta larga que engaña, porque la recta invita a correr y la curva no perdona nada, cerrando más de lo que se ve. De frente tiene el talud. A la izquierda se abre el valle, y a la derecha queda el camino de Solabón donde comienza el recorrido con la silueta del Alcorba señalada por los chopos y los pinos.

El coche entró en la curva la mañana del seis de agosto de 2007, con el sol recién salido y el asfalto fresco.

No frenó. No había señales de frenada en el asfalto, y eso fue lo primero que apuntó el agente que midió, porque no las había ni de frenada larga, ni de frenada tarde. El coche siguió recto donde la carretera giraba, sobrevoló la cuneta y llegó al primer pino con la inercia entera.

El golpe fue frontal y por el lado del conductor.

Keke murió en el acto. En el asiento de al lado y en el de atrás, Jesús y Paletín quedaron inconscientes y respirando.

La llamada entró en el 112. La persona que llamó dio la curva, el kilómetro y la referencia del pino, dijo que había dos

supervivientes y que hicieran el favor de darse prisa, y colgó sin dar su nombre.

El cinco de agosto de 2007 empezó como empiezan todos. Los coches subiendo desde primera hora, los cubos de vino y azúcar con sus frutas flotando, el de mantenimiento poniendo las guirnaldas en el cielo de la plaza y el programa pegado con celo a la cristalera del bar. Había orquesta las dos noches y disco móvil las otras dos. Fuegos artificiales no había, y ya no lo comentaba nadie.

El pregón lo dio un vecino que había escrito un libro sobre la historia del pueblo, en el que hablaba de sus familias. Había incluido un árbol genealógico bastante polémico porque salía información de familias que tenían antepasados siendo hermanos, sin haberlo sabido con anterioridad.

Después el alcalde habló de memoria y de futuro, que es de lo que hablan los alcaldes cuando no saben muy bien qué decir. Antes de proclamar a los reyes hizo una pausa que no llevaba escrita y miró hacia el banco de enfrente del balcón, donde estaba sentado el grupo.

Dijo que el ayuntamiento había decidido que el título de rey eterno de fiestas de Vallecáncela quedaba reservado a partir de ese año en honor a Joseba. Rey eterno de estas fiestas y de este pueblo, dijo.

El aplauso que llegó desde la plaza fue distinto a los otros aplausos. Más quieto. Más corto. De los que no celebran nada y solo dicen que se ha oído.

Nadie miró a nadie en ese momento. Cada uno miraba al balcón, al suelo, o a un punto intermedio donde no hubiera nada que ver.

Después de la proclamación de los reyes de ese año, la charanga comenzó a llenar las calles de música. La gente salió detrás y el pueblo se echó a la calle como se echa siempre para disfrutar de la probadilla. Las limonadas, las mesas fuera de las casas y peñas, el recorrido nuevo de ese año.

A las doce había gente cantando en la calle Honda. A la una, con la orquesta ya preparada, empezaron a llegar los de fuera.

Ese año fueron las de Solabón. Llevaban desde el verano anterior yendo y viniendo, en los ratos que coincidían en las tardes de piscina o algunas noches en la plaza, y dejaron de ser las chicas que conocieron en Mojeces. Eran tres más en el grupo. Luz se había hecho amiga de medio Vallecáncela en cuatro ratos. Rubí iba poco y cuando iba estaba más con las mayores. Catalina estaba en todas partes sin hacer ruido. Le caía bien a todo el mundo sin que nadie supiera nada de ella. Se sentaba con el grupo, en la punta del banco o en el escalón, y desde ahí escuchaba. Podía pasarse un tiempo sin decir nada y la gente se olvidaba de que estaba, y cuando hablaba lo hacía una vez y con la frase puesta en el sitio exacto. Por la tarde, en la terraza, Joaquín estuvo hablando de una nueva máquina que habían puesto en el bar de la esquina de su calle, en la que podías hacer apuestas deportivas sin dar tus

datos personales ni preguntarte la edad. Catalina esperó a que terminara y dijo que eso era muy peligroso. Joaquín se quedó mirándola sorprendido y luego se rió, y estuvo el resto de la noche repitiendo a todo el que llegaba que tuviera cuidado con cualquier tontería porque “era muy peligroso”.

Unos chicos de Solabón aparecieron primero. Eran cinco, con unas pulseras rojas muy llamativas, un aspecto algo dejado y esa energía particular de los grupos que vienen de fuera buscando enfrentamiento. Se instalaron en el extremo de la plaza que da a la calle de Mojeces, con los litros en el suelo entre los pies y mirada desafiante a quien los mirara.

Los de Mojeces llegaron después.

Dejaron el coche al principio de la calle Podadera, al inicio de la cuesta, en un lateral donde no molestaba.

Keke iba delante cuando entraron en la plaza. Era un chico menudo y lo compensaba yendo deprisa y metiendo miedo. Pelo rapado por los lados, cazadora en agosto y botas militares. Detrás venían Jesús y Paletín, que le seguían siempre.

El grupo lo vio venir antes de que pasara nada. Los de Solabón se pusieron nerviosos con la presencia de los de Mojeces y comenzaron a crujiarse los puños.

Joaquín fue el primero en moverse, fue a hablar con los de Solabón y estar con ellos un rato largo diciéndoles cosas en voz baja. Manuel se colocó en medio de los grupos sin decir una palabra, con su envergadura no necesitaba decir nada para que

fuera respetado. Jagoba miraba desde la barra mientras hablaba con Daniel y soltaba carcajadas de vez en cuando. Eukene estuvo con unos y con otros, saludando, preguntando, pasando de un grupo al otro.

El grupo se había puesto de acuerdo para que ese año no pasase nada y poder disfrutar por fin de unas fiestas en paz.

La tensión duró un rato y hubo cuatro o cinco momentos en los que cualquier cosa podría haber sido el detonante. Pero no hubo chispa. Por poco.

Los de Solabón decidieron irse a la peña de los pequeños sobre las tres y media, y fue en la retirada cuando uno de ellos se giró y gritó hacia la plaza.

—¡Te voy a cortar los frenos!

Como no le contestó nadie, descargó un puñetazo en el retrovisor del coche de Keke, que estaba ahí al lado. Un puñetazo de los que se dan sobre una mesa. El espejo saltó y cayó al asfalto en dos piezas limpias.

Keke no se enteró. Estaba en la plaza, de espaldas, hablando con dos chavalas.

Lo vieron los que estaban por allí, que fueron unos cuantos, y no le dio importancia ninguno.

La orquesta arrancó y la noche siguió su curso con esa normalidad forzada de las situaciones que han estado a punto de ser otra cosa.

El grupo bailó, bebió, habló, rió. Iban y venían entre la plaza y la peña de las escuelas según tirara la música o pidiera descanso el cuerpo, como se hacía desde siempre. Juntos a veces y separados otras. Uno se apartaba y se iba sin decir a dónde, y volvía al rato, y a nadie se le ocurría preguntar.

Sobre las cinco, cuando estaban cerrando la puerta del aula para bajar otra vez, oyeron voces en la carretera que va a las escuelas.

Eran los de Mojeces. Iban con la intención de que les invitaran a un chisme.

Los pocos que había del grupo se escondieron detrás de los bancos de piedra del jardín, quietos, escuchando.

Los de Mojeces llegaron a la puerta y empezaron a aporrearla. Llamaron primero de broma y después en serio. Insultaron. Dijeron que sabían que estaban dentro. Dieron dos patadas a la chapa de abajo. Intentaron tirar la puerta abajo con golpes.

Pero nadie abrió.

Entonces Keke, que llevaba toda la noche buscando un sitio donde dejar su firma, se bajó la bragueta y meó en la cerradura.

Lo hizo despacio y a conciencia, apuntando. Se le vio todo desde el jardín. Después llegaron sus risas y se fueron plaza abajo dándose palmadas en la espalda.

El grupo fue saliendo cuando se alejaron lo suficiente. Alguien fue a mirar la puerta y pisó el charco de orina. Se decidió que ya se limpiaría al día siguiente y que no había que contárselo a nadie,

porque contarlo era darle a Keke lo que buscaba. Fueron a la plaza y no se volvió a hablar del asunto esa noche.

Los de Mojeces se marcharon casi al amanecer. Keke arrancó el coche con los otros dos dentro cuando ya era de día, con la música alta y la ventanilla bajada, y cogió el camino de vuelta a Mojeces de Arriba.

XIV — Tercera confesión

6 de agosto de 2007

Justo un año.

Pero este no lo he gastado preguntándome qué soy. Eso quedó resuelto en la página de antes y no he vuelto sobre ello ni una vez.

Lo he gastado pensando en cómo. No en quién.

Hoy me lo han puesto delante.

Cuando los de Solabón se han ido de la plaza tras el enfrentamiento con los de Mojeces, uno se ha girado y ha gritado hacia la plaza que le iba a cortar los frenos. Lo ha gritado con toda la plaza delante. Después le ha pegado un puñetazo al retrovisor del coche, el espejo ha saltado y se ha quedado en el asfalto partido en dos.

No he tenido que decidir nada. Me lo ha puesto a huevo.

Alguien acababa de decir en voz alta lo que había que hacer. Una cosa así no me la van a volver a regalar.

El coche estaba al principio de la cuesta, en el lateral, con el cristal del retrovisor todavía en el suelo. He tardado

menos de lo que había tardado las veces que me lo había imaginado.

Me he echado junto a la rueda delantera derecha, con la espalda en el asfalto, y he metido la mano por el hueco. El latiguillo del freno es una goma gruesa y negra y se encuentra a ciegas, porque es lo único blando que hay ahí dentro.

No lo he cortado entero.

Si lo cortas entero el líquido se va allí mismo, él pisa al arrancar, no pasa nada, se baja, mira debajo y se acabó. Hay que dejarlo a medias. Hay que dejar lo justo para que aguante parado y no aguante cuando de verdad haga falta.

He vuelto a la plaza y he estado bailando.

A las cinco han subido a las escuelas a aporrear la puerta y Keke ha meado en la cerradura. Lo he visto desde detrás del poyete. Los demás estaban aguantándose la risa. Yo estaba mirando a un chico al que le quedaban horas y no lo sabía.

Eso sí lo he disfrutado.

Se ha marchado casi de día. Yo también. No he subido a mi habitación. He sacado a los perros.

Los saco muchas mañanas y esa mañana los he sacado también, y por donde los saco siempre, que es camino de las perdices abajo hasta el camino del valle.

He bajado despacio. Los perros lo han visto antes que yo. Se han parado los dos a la vez, en lo alto del terraplén, con las orejas levantadas. Después han empezado a ladrar y ya no han parado.

El coche estaba contra el primer pino, fuera de la carretera, con el morro metido hacia dentro.

No se oía nada. El motor estaba apagado y del capó seguía saliendo humo. Olía a gasolina y aceite.

Keke estaba muerto y eso se veía desde lo alto del terraplén porque había una rama atravesando su cuerpo. He bajado igual. He atado a los perros a un pino y me he acercado.

Me he quedado mirándole un rato largo. He esperado.

Nada.

Entonces se ha movido el de atrás y me ha mirado.

Sabía que iban tres. Los había tenido delante toda la noche. Lo que no había hecho era pensar en ellos ni un segundo. Y estaban vivos los dos.

Respiraban. Uno hacía ruido con la garganta y el otro no, pero los dos respiraban.

No voy a escribir que me he arrepentido, porque no he sentido eso y porque este cuaderno no sirve de nada si empiezo a escribir lo que queda bien.

Lo que me ha pasado es que he querido que no se murieran. No me importaban. No los conozco. No sabía ni cómo se llamaban. Y he querido que no se murieran con una fuerza que no he sentido nunca por nadie.

He sacado el teléfono y no había cobertura. He desatado a los perros y he empezado a subir.

Es lo más difícil que he hecho en mi vida, y lo escribo sabiendo perfectamente cómo suena. He matado a dos personas y lo he escrito aquí sin que me temblara la mano. Subir esa cuesta con los dos respirando a mi espalda me ha costado más que las dos muertes juntas.

Los perros se querían quedar. He tenido que silbarles dos veces.

He llamado en cuanto el teléfono ha dado señal. He dicho la curva, el kilómetro y el pino. He dicho que había dos vivos. He dicho que se dieran prisa.

Me han preguntado el nombre y he colgado antes de contestar.

He guardado a los perros, me he metido en la ducha y me he quedado debajo del agua esperando.

No ha pasado nada. Ni el cosquilleo, ni lo otro, ni esa cosa sin nombre que las dos veces anteriores me estaba esperando antes de llegar a casa.

Las ambulancias han pasado por la carretera mientras me secaba. Desde aquí arriba se oyen perfectamente.

Al de Solabón le va a caer encima lo mismo que le cayó a Federico, o peor, porque este tiene las manos llenas de sangre teniéndolas limpias. Lo he pensado un momento. Se me ha pasado enseguida, como siempre.

Lo que no se me pasa es la pregunta.

Puede ser que no lo viera. Las dos veces anteriores lo tenía debajo de las manos y esta vez he llegado cuando ya estaba hecho.

Puede ser que fueran ellos. Que Mariano y Joseba tuvieran algo que estos chicos no tenían, y que esto me pase con unos y no con otros.

O puede ser que se haya terminado. Que se cure solo con los años, como se curan otras cosas.

Necesito saberlo y solo hay una manera de saberlo.

Tengo que volver a matar.

Si vuelvo a sentir algo, ya sé lo que soy.

Si no me hace sentir nada, es que se acabó.

XV

La orquesta ya había recogido y la plaza olía a cerveza derramada. Quedaban quince o veinte personas repartidas, que se fueron cuando el de la limpieza del pueblo sacó la manguera y comenzó a regar.

La carretera se cortó poco después de las siete y no se abrió hasta mediodía. Para un simple coche contra un pino no hacen falta cinco horas.

El mismo agente que había medido el asfalto se metió debajo del coche con una linterna antes de que llegara la grúa, porque un coche que no frena en una curva que el conductor se sabía de memoria se mira a fondo. El depósito del líquido de frenos estaba vacío y por la cara interior de la rueda delantera derecha bajaba un reguero. El latiguillo estaba cortado, y no estaba cortado del todo.

La noticia llegó con el bocinazo del panadero.

Llegó tarde porque tuvo que dar la vuelta, ir por la carretera de Solabón y aprovechar esa parada porque se había encontrado la carretera cortada. Para media mañana el pueblo entero sabía que había un muerto y dos heridos en el hospital de Valladolid, y que a uno de los dos no le daban muchas posibilidades. El grupo se enteró por la tarde, en las mesas del bar, con los cafés con hielo y el chorrito de Baileys.

Tres veranos y tres muertos. El primero quemado, el segundo ahogado, el tercero contra un pino. Todos en fiestas. Y fue entonces cuando alguien dijo en voz alta lo que muchos pensaban.

—Esto no puede seguir pasando.

No le contestó nadie. Porque no había nada que contestar, y porque las cosas siguen pasando, aunque uno no quiera.

La Guardia Civil llegó al pueblo a media tarde y no preguntó por el accidente. Preguntó quién había estado cerca de ese coche entre la una de la noche y las siete de la mañana.

Lo del retrovisor lo contaron varias personas distintas, y con esas declaraciones salió la amenaza de cortar los frenos del coche. Todas la habían oído igual y la repitieron igual, con las mismas palabras.

Esa misma noche se presentaron en Solabón, en casa del chico.

Tenía sus huellas puestas en el lateral del coche, a la altura del retrovisor, limpias y documentadas. Tenía tres testigos de la amenaza. Tenía motivo, porque medio pueblo le había visto buscar pelea toda la noche. Y tenía ocasión, porque el coche estuvo horas aparcado en la calle Podadera y él estuvo horas en Vallecáncla.

Declaró que había pegado al espejo y que no había tocado nada más. Le hicieron la misma pregunta muchas veces y contestó

siempre igual y siempre peor, porque cuantas más declaraciones hacía, más gritaba.

Se lo llevaron detenido de madrugada.

Las fiestas siguieron, porque el pueblo decidió que tenían que seguir. Porque el que se había muerto era de Mojeces y el detenido de Solabón, y por primera vez en tres años la desgracia tenía la decencia de haber ocurrido fuera del pueblo. Porque a veces las fiestas son lo único que queda cuando todo lo demás falla.

Así que esa noche hubo disco móvil en la plaza, aunque el ambiente era un poco raro.

XVI

Como cada mañana, el pan llegaba al pueblo con la bocina de la Mercedes Vito del panadero de Campaseco. Ese año también llevaba los periódicos del día en un intento de ampliar el negocio.

El día siete por la mañana llegó con cuatro párrafos en la página de sucesos. No decía gran cosa. Un fallecido y dos heridos graves en la carretera que une Vallecáncela con Mojeces de Arriba, un detenido de diecinueve años y diligencias abiertas por una manipulación en el sistema de frenos. Lo había escrito alguien a todo correr, sin haber estado presente y habiendo recogido la información por teléfono, se notaba porque ponía el nombre del pueblo de dos maneras distintas en cuatro párrafos.

Lo que hizo daño fue la última frase de la noticia. Decía que era la tercera muerte violenta registrada en la localidad en los últimos cuatro veranos. Eso no lo había dicho nadie en voz alta y mucho menos lo dejó por escrito.

Sí que se había hablado de Mariano y de Joseba, cada uno por separado, con su año, con su forma y con su dolor, y entre los dos había habido un verano entero en el que no pasó nada. Puestos en una línea, con un número delante y una palabra que ningún vecino había utilizado jamás, eran otra cosa.

El periódico se quedó toda la mañana encima de la barra, al lado del cartel de los helados. Antonio no lo quitó y tampoco lo puso

a la vista. La gente que entraba lo cogía, lo leía de pie y lo dejaba otra vez donde estaba.

Obviamente, hubo discusiones. Que los periódicos meten lo que quieren. Que lo de Mariano fue hace tres años. Que el chaval ni era de aquí ni le habían matado aquí, y que quien lo había matado era uno de Solabón.

Y salió lo del autobús. Lo contaron los más viejos, como lo llevan contando sesenta años cada vez que pasa algo en esa carretera. Que en el año cuarenta y uno volcó en una de las curvas el autobús de línea y cayó por el terraplén del valle. Que hubo decenas de heridos y cuatro muertos. Que bajaron del pueblo a echar una mano con lo que tenían, y que lo que vieron en el pinar no se lo quitaron de encima en la vida.

Esa carretera lleva matando desde que está. Eso fue lo que se dijo esa mañana, y eso era lo que hacía falta decir.

A media mañana apareció un coche con una pegatina en el cristal. Bajaron dos. Uno con una cámara colgada y otro con un micro en la mano. Estuvieron varias horas. Subieron al depósito y el de la cámara hizo vídeos de la zona y del terraplén, bajaron al pilón e hicieron vídeos de la valla verde, del agua saliendo de los caños, de las carpas nadando y después se pusieron en la plaza a preguntar.

No les contestó casi nadie.

Las abuelas del banco se levantaron y se fueron a sus casas, que es la manera que tienen de contestar. Antonio dijo, mientras

limpiaba una barra reluciente, que él solo servía cafés. A dos vecinos les preguntaron por Joseba y los dos dijeron que no tenían nada que decir.

Habló con ellos un hombre que llevaba desde el verano anterior diciendo en el bar lo mismo que les dijo a ellos, que en este pueblo pasaba algo y que ese de la radio que encontraba fantasmas en todos lados tendría que ir a investigarlo. Lo dijo mirando a la cámara, con el depósito detrás y el palillo en la boca. Esa tarde no le habló nadie.

Las de Solabón fueron después de comer. Fueron porque en Solabón las miraban como si ya no fuesen de allí. Lo contó Luz en la terraza, de pie, con la gente alrededor y sin sentarse en ningún momento.

El chico tenía diecinueve años y vivía en la carretera, antes de la báscula. Luz había ido a clase con una hermana suya. Lo contó entero. Que no era la primera vez. Que el verano anterior le habían abierto expediente por una pelea en las fiestas de Fuentemayor, donde un chico acabó sangrando e inconsciente. Que había andado con un coche sin carné y sin seguro y que lo acabó pagando su padre. Que en su casa no podían con él. Que en Solabón llevaban años diciendo que ese chaval acabaría mal.

Dijo la frase que se dice siempre, que algún día tenía que pasar. La terraza la recibió bien.

A partir de esa tarde se habló de otra manera. Ya no era un chaval de Solabón al que se habían llevado detenido una noche. Era ese

chaval de Solabón, el de la pelea de Fuentemayor, el del coche sin carné. Las fiestas siguieron con el asunto colocado en su sitio y con todo el mundo tranquilo, que era lo que hacía falta.

Por la tarde disfrutaron de los hinchables acuáticos de la plaza. Hacía los cuarenta grados que hace el siete de agosto en esta provincia, y el agua de las mangueras sobre las lonas hicieron por un momento olvidar ese calor.

Cuando los motores que inflaban los hinchables dijeron basta por el calor, se sentaron bajo una sombrilla en la terraza del bar a comerse un helado.

A Catalina se le veía distinta sin las gafas. Las llevaba desde siempre. El rostro de Catalina era el típico que llevaba las gafas incluidas y no lo notaba nadie.

Puso la toalla en una silla, se sentó y se las secó con el borde de la camiseta antes de ponérselas.

Jagoba le preguntó desde cuándo las tenía. Dijo que desde los seis años y que fue de las primeras de su colegio. Y después, sin que nadie se lo pidiera y sin cambiar de tono, contó el resto.

Contó que, en su colegio, por aquellos años, una cría con gafas era una cosa que no se había visto. Que al principio le decían lo que se dice en esos casos, y que duró poco porque le podía pasar a cualquiera.

Contó que se las quitaban y las escondían, y que ella tenía que perder su tiempo en el recreo para encontrarlas mientras los

demás miraban. Que algunas veces se las devolvían enseguida. Que otras veces no. Que una vez estuvo toda la tarde de clase sin ellas, sin poder copiar nada de la pizarra, y que no dijo nada. Que la profesora le preguntó por qué tenía el cuaderno en blanco y que tampoco dijo nada entonces. Que ese año le pusieron en las notas que le costaba seguir el ritmo.

Contó que así aprendió una cosa que le ha servido toda la vida, y es que si no hablas no se acuerdan de que estás. Que si no levantas la mano no te preguntan. Que si no te ríes fuerte no te miran. Que ella dejó de hablar con siete años, y que para cuando quiso volver a hablar ya no sabía cómo se hacía.

Lo contó despacio y mirando a la nada, sin rabia y sin pena, con el tono que se usa para contar una cosa que le pasó a otra persona hace mucho tiempo y que ya no tiene arreglo.

Luego preguntó a qué hora empezaba la disco móvil. Tardaron unos segundos en contestarle. El primero que contestó fue Jagoba, y a partir de ahí la tarde siguió por donde iba.

XVII

El pueblo llevaba desde junio pidiendo agua.

No era una manera de hablar. La cebada se había quedado corta, el Alcorba ya no hacía ruido, y los hombres que iban al bar por las mañanas lo primero que hacían al entrar era decir lo que había marcado el termómetro mientras se quitaban la visera.

Llevaban así todo lo que había transcurrido de verano.

El día siete por la tarde se cumplieron sus plegarias. Se puso el cielo de ese color que no es gris y tampoco es azul y que en Castilla quiere decir una cosa concreta. Antes de la cena lo estaba comentando el pueblo entero. En las mesas del bar se dijo que venía por Peñafiel, que a lo mejor se abría por el pinar como se abre siempre, y que ojalá no. Un vecino dijo que llevaba cuarenta años viendo abrirse tormentas por ahí y que aquella no se abriría.

Acertó. La disco móvil estaba contratada y se montó preparada para la lluvia.

El grupo se duchó, hizo barbacoa en casa de Eukene y a las once estaba otra vez en la plaza.

Esa noche hubo menos gente de la que tenía que haber. Keke se había matado el día anterior y la carretera había estado cortada hasta mediodía, y aunque no era de aquí y aunque en la plaza no lloró nadie, había algo encima que no se iba con la música.

Además, era la noche del concurso de disfraces. Por lo que se bailó y se bebió lo mismo que se bebía siempre, pero con la gente disfrazada.

Las de Solabón siguieron por allí. Luz estuvo toda la noche en el centro de la plaza y Catalina en el borde del banco, como siempre. Rubí no se separó del grupo. Las tres se disfrazaron de las super nenas y todo el mundo las miraba.

La fiesta transcurría con normalidad. Los vasos de plástico se acumulaban en la barra auxiliar del bar y en las mesas de la terraza. Otros en el banco. Otros en el suelo contra la pared. Muy pocos en la mano. Cada uno sabía cuál era el suyo sin preocuparse por que se lo quitaran.

Daniel había llegado a la plaza disfrazado de Rambo a echar una mano con el montaje, porque el de la disco móvil venía solo y porque Daniel siempre se motivaba si algo pesaba. Subió los dos altavoces grandes él solo, uno en cada viaje, con la bandana puesta en la frente y los pantalones de militar.

Luego estuvo en la barra contando que tenía el examen el quince de septiembre y que esta vez aprobaba seguro. Lo dijo dos o tres veces a gente distinta. Llevaba años estudiando y nadie le había visto estudiar.

Alguien le dijo lo de siempre, lo de a ver en qué lado de la reja acababa. Él se rió el primero. Era su broma. La llevaba oyendo cuatro veranos y la contaba él cuando no la contaba nadie.

Empezó a chispear a medianoche y no se movió nadie. Chispear en agosto no es llover. La gente siguió bailando y hubo quien levantó la cara y disfrutó del momento. El concejal de fiestas habló con el de la disco móvil para que el concurso de disfraces se hiciera antes.

La tormenta entró sobre las dos. Vino de golpe, con el agua cayendo como cae en la meseta cuando lleva meses sin caer, y en menos de un minuto no se veía la torre de la iglesia desde la plaza.

La plaza se vació, el bar se llenó y los que no cupieron se quedaron debajo de los aleros, apretados contra las fachadas, riéndose y chorreando. Las sillas de la terraza se quedaron donde estaban. Los vasos se fueron llenando de agua.

El DJ puso “Ojalá que llueva café” de Juan Luis Guerra y las risas se oyeron desde el bar.

Daniel se quedó fuera mientras sonaba la última canción y echaba una mano al de la disco móvil a tapar los altavoces con más plásticos, porque aquello costaba un dinero que no era suyo y porque era el único que estaba para eso. Se les veía desde la puerta del bar, los dos calados, peleándose con un plástico que el aire levantaba por un lado cada vez que lo sujetaban por el otro.

Cuando terminaron, el DJ entró a secarse y Daniel se quedó fuera. Los que le vieron desde dentro vieron que se había parado. De pie en mitad de la plaza, debajo del agua, sin moverse. Con los brazos un poco separados del cuerpo, los dedos abiertos y la cabeza echada hacia atrás.

Y la gente se rió. Se rió porque era Daniel y porque Daniel hacía esas cosas. Porque disfrazado de militar parecía Rambo en mitad de la jungla. Porque llevaba veranos haciendo el bruto en esa plaza, levantando gente en volandas, poniéndose de perfil cuando pasaba alguien, bailando mal a propósito para que le mirasen. Un tío de noventa kilos plantado debajo de un diluvio con los brazos abiertos y la cara hacia arriba era exactamente la clase de cosa que podía hacer Daniel.

—¡No siento las piernas! —gritó alguien desde la puerta del bar, poniéndole la voz. Las risas duraron un rato.

Pero lo que no cuadraba era la boca. Daniel estaba sonriendo. No sonriendo normal, sino con la boca estirada hacia atrás y hacia arriba hasta donde no llega una boca, enseñando los dientes de arriba y los de abajo a la vez. Y con unos ojos que no acompañaban a esa sonrisa en nada.

Se cayó hacia atrás, entero, sin poner las manos y esparciendo mucha agua. Eso también hizo gracia, porque caerse en un charco es gracioso. Hubo dos o tres segundos de risa después del golpe.

Después ya no. Celso fue el primero en salir. Detrás salió Meritxell y después todo el mundo, y en medio minuto había veinte personas alrededor bajo la lluvia.

Daniel estaba rígido. Rígido de una manera que no se entendía, con la espalda arqueada de forma que entre las lumbares y el suelo cabía una mano, las piernas estiradas y los pies vueltos hacia dentro. No se doblaba. Celso intentó cogerle por debajo de los

brazos para sacarle del charco y no hubo manera, porque un cuerpo así no se podía coger.

Cada vez que le tocaban, era peor. Lo notaron todos y ninguno supo qué hacer con eso. Una mano encima, un grito al lado, tortas en la cara. Cualquiera cosa le hacía sufrir otra vez. El cuerpo se le ponía más tieso todavía, aguantaba así y luego cedía de golpe y se quedaba blando, respirando muy deprisa.

Los ojos de Daniel delataban que él seguía ahí. Eso es lo peor de aquella noche y es lo que contaron después los que estaban delante. Que los miraba. Que entre una cosa y la otra abría los ojos y seguía con la mirada a quien hablaba, y entendía lo que le decían, y una de las veces intentó contestar.

Antonio llamó desde el teléfono del bar. La ambulancia salió de Peñafiel y tardó más de lo esperado por una noche de tormenta, con la carretera cubierta de agua y con el barro que baja de las tierras en cuanto cae algo. Media hora larga.

No llegó a tiempo. Daniel se murió en mitad de la plaza en la madrugada, con el pueblo entero alrededor, todos empapados, debajo de una lluvia que llevaban dos meses pidiendo. La última parálisis le duró más que las otras y ya no soportó más.

La lluvia paró antes de que se hiciera de día. A las seis de la mañana la plaza estaba limpia como no había estado en meses. El agua había bajado por la calle Real de Arriba y la calle Honda llevándose todo por delante: los vasos, las colillas, los papeles

de los helados, la paja que los tractores habían traído del campo desde julio. Los sumideros de abajo tragaron lo que pudieron.

El juez de guardia y el forense llegaron de Valladolid a media mañana.

El levantamiento se hizo en la plaza, con la cinta puesta de la fachada de viviendas al frontón, en la bajada a la iglesia, en la entrada desde el ayuntamiento a la Travesía Podadera y el pueblo detrás de la cinta, en silencio, con la ropa de la noche anterior todavía húmeda en bastantes casos. Nadie durmió esa noche.

La autopsia se hizo esa misma tarde en Valladolid y no devolvió nada. No había golpes. No había nada en el corazón que explicara aquello en un chico de veintidós años que hacía deporte seis días por semana. Había líquido en los pulmones, señales de que había muerto asfixiado y un cuerpo que había hecho un esfuerzo enorme.

Aunque el forense pidió el informe de toxicología, el pueblo no esperó. El día ocho no se hablaba de otra cosa. Que Daniel se metía algo para los músculos. Que así no se pone nadie si no se ha metido algo. Que un cuerpo como el suyo no se hace solo, que los del gimnasio toman cosas, que eso lo sabe todo el mundo, que a saber lo que se tomaría esa noche.

Era algo que se decía en voz baja, aunque todos lo pensarán. También los que le querían, porque era la única explicación que había y porque la gente necesitaba una. Menos Celso y Meritxell, que eran los únicos que se negaban a creerlo.

Sus padres oyeron los rumores. En un pueblo de este tamaño no hay manera de que no lo oigan. Se fueron a su casa de Valladolid esa misma tarde.

XVIII — Cuarta confesión

8 de agosto de 2007

Dos días.

Entre la primera vez y la segunda pasaron dos años. Entre la segunda y la tercera pasó uno. Entre la tercera y esta han pasado dos días.

Hay una frecuencia exponencial y la acabo de ver.

Ayer bajé a la bodega. La cavó mi abuelo a mano y no la ha vaciado nadie nunca, porque en este pueblo lo que baja a una bodega no vuelve a subir. Están las cubas, los garrafones, las banastas rotas y la máquina de embotellar que no funciona desde antes de que yo naciera. Huele a tierra mojada todo el año, también en agosto.

Al fondo, en la tabla de arriba, están los botes, sacos pequeños con la boca doblada, botellas sin etiqueta, cosas para el grano y cosas para las alimañas que había que matar en cada época del año.

Lo cogí a la primera, porque sabía dónde estaba. Llevo sabiendo dónde está desde que tengo uso de razón. Es lo único de esa bodega que me enseñaron, y me lo enseñaron para decirme que no lo tocara.

Es un bote pequeño, seguramente de tomate, del año de la polca, de hojalata, con el nombre escrito a mano en la tapa con lápiz de carpintero. Servía para los zorros y para las ratas que sobraban. En este pueblo la estricnina la ha tenido todo el mundo, y ya no la tiene nadie, solo los que no han bajado a vaciar la bodega.

Ahora viene lo único que importa de esta página.

No he elegido.

Si elijo, no sirve. Si elijo a alguien que me ha hecho algo, ya sé de antemano lo que va a pasar y no averiguo nada. Si elijo a alguien que no me ha hecho nada pero que me cae mal, tampoco. Tenía que ser cualquiera y tenía que ser de verdad cualquiera.

En la plaza los vasos están en la barra de fuera, en las mesas de la terraza, en el banco y en el suelo contra la pared. Están ahí toda la noche. Lleva siendo así años. Nadie mira el suyo.

He pasado por la barra de fuera sobre la una, y lo he hecho mirando hacia la plaza. He mirado hacia el otro lado a propósito. Ha sido uno de los de la fila y no sé cuál, y no lo voy a saber nunca.

Esos vasos eran de gente. Podía haber sido Manuel. Podía haber sido Jagoba. Podía haber sido Meritxell, que no le ha hecho daño a nadie en su vida. Podía haber sido cualquiera de los que me importan, y lo he hecho igual.

Luego he estado una hora viendo beber a la gente.

Eso no me lo esperaba. Cada vez que alguien cogía un vaso de la barra yo no sabía si era ese. Lo levantaban y yo miraba. Lo dejaban y seguía sin saberlo. Ha habido un rato en que he pensado que el veneno estaba caducado y no iba a hacer su efecto.

Después se ha puesto a llover y muchos se han metido al bar.

Yo me he quedado fuera, debajo del alero, junto a la última mesa, la que está contra la pared.

Por fin lo he visto. Era Daniel.

Lo he sabido cuando se ha quedado parado en mitad de la plaza con los brazos un poco separados y la cabeza echada hacia atrás, y lo he sabido antes que nadie, porque era lo único que podía ser.

Y entonces se han reído.

Eso no lo había calculado. Eso no se puede calcular.

El pueblo entero metido en el bar, dándole golpes al cristal, gritándole que entrara. Y él parado, debajo del agua, muriéndose mientras le celebraban la gracia.

Me he tenido que sentar.

Lo he notado subir mientras se reían, me he metido en la mesa, he puesto las manos encima del tablero y ahí me he quedado. La mesa ha tapado lo que había que tapar.

No me he movido de ahí cuando han salido a socorrerle.

He visto salir a Celso. He visto salir a Meritxell detrás. He visto a veinte personas alrededor de él en mitad del agua, tocándole, sujetándole, dándole tortas en la cara para despertarle, y he visto que cada vez que le tocaban era peor.

Daniel me caía bien.

No me había hecho nada en su vida. Me ha llevado en el coche más veces de las que puedo contar, y nunca me ha pedido nada a cambio de nada.

Y ya tengo la respuesta.

No eran ellos. Nunca fueron ellos. No era Mariano y no era Joseba, y no era lo que me hubieran hecho ninguno de los dos. Esto no necesita motivo, no necesita que la persona sea de una manera concreta y no necesita ni conocerla.

Funciona con cualquiera. Funciona igual de bien.

Eso quiere decir que no hay nadie a salvo. Ni los que me caen bien, ni los que me quieren, ni los que estaban conmigo debajo de ese alero.

Llevo toda la noche esperando a asustarme.

No me he asustado.

El bote lo volví a dejar en su tabla después de coger el producto. Cogí lo que me hacía falta en un trozo de papel de plata de la cocina y lo doblé cuatro veces. Después de echarlo en el vaso, lo he hecho bola, lo he dejado caer y se lo ha llevado un hilo de agua que se había formado en la plaza con lo que bajaba de las calles.

Hoy he estado en la plaza con todo el mundo y he puesto la cara que tocaba. Parece que eso lo hago bien.

Llevo tres años haciéndolo.

XIX

Las fiestas se acabaron sin que nadie dijera que se acababan.

El programa tenía más programación y no se hizo nada. El concejal de fiestas llamó al mago que actuaba el ocho por la mañana y a la orquesta de la última noche, y los dos lo entendieron a la primera.

El escenario se desmontó el nueve. Las guirnaldas también fueron retiradas.

Lo de los zorros salió en el bar esa misma mañana. Lo comentó uno en la mesa del fondo, uno de los que ya no van al campo, y no lo dijo para asustar a nadie. Lo comentó porque le estaban contando cómo se había quedado Daniel y él asoció ideas.

Dijo que así se quedaban los zorros. Que cuando él era joven se ponían cebos para las alimañas, y que el que se lo comía aparecía tieso, con el lomo arqueado y las patas estiradas. Que se les quedaba la boca abierta hacia atrás, enseñando los dientes. Que al que encontrabas todavía vivo no se le podía tocar, porque se ponía peor, y te miraba con cara de no entender nada.

Dos de esa misma mesa dijeron que sí con la cabeza. Y uno de ellos dijo el nombre.

Estricnina.

En Vallecáncela no se decía esa palabra desde hacía cuarenta años. Esa mañana no se dejó de repetir.

Para la noche lo sospechaba el pueblo entero.

Lo primero que hizo el pueblo con eso fue discutirlo. Que de dónde iba a sacar nadie eso hoy en día. Que eso ya no existe. Que lo que pasa es que a la gente le gusta hablar. Que un chaval de veintidós años con ese cuerpo se toma lo que no debe y pasa lo que pasa.

El pueblo comenzó a tener miedo. Se fueron varias familias. Cargaron el coche, dijeron que tenían cosas que resolver y que volverían para el puente, y se despidieron deprisa para que no les preguntaran. Las que se quedaron, cerraron puertas que llevaban años sin cerrarse en verano.

Los comentarios llegaron después. Que si alguien de aquí o alguien de fuera. Que quién había estado en el pueblo los tres veranos. Mariano, Joseba y ahora este. Nadie dijo un nombre en voz alta, pero por primera vez desde 2004 el pueblo estaba haciendo la cuenta, y la cuenta salía con los dedos de una mano.

Lo que más se repitió, y lo que más tranquilizó, fue que tenía que ser alguien de fuera, alguien que venía en verano porque solo pasaba en verano y durante las fiestas. Otros rebatían diciendo que podía ser alguien local que lo hacía cuando más gente había en el pueblo.

El grupo subió a la peña de las escuelas, que era el único sitio que quedaba.

No había plaza, no había música y Antonio cerró a las doce porque no tenía a quién servir y tampoco ganas. Así que fueron con la convención de que si estaban todos juntos en un sitio seguro no pasaba nada. Se unieron también personas de fuera del grupo como Belén, Martina y las de Solabón.

Alguien dijo que había que ir en grupo a todos los sitios. Alguien dijo que eso era una tontería. Alguien contó que su madre le había dicho que no saliera de casa y se rio él solo porque le dijo que era una exagerada.

Jagoba explicó por qué lo de la estircnina no podía ser. Lo explicó despacio y lo explicó bien, con datos que no había manera de que él tuviera, y por primera vez en muchos años le escucharon hasta el final sin interrumpirle. No fue por respeto. Fue porque todos querían que tuviera razón.

En algún momento se empezó a hablar de Daniel, que es lo que pasa siempre y lo que llevaban toda la noche esperando sin decirlo.

Alguien se acordó de lo de las galletas.

Fue el verano anterior, en la peña de las chicas, una de las noches en la que la orquesta no era de las buenas. Había una caja de galletitas saladas redondas, de las que van en un bote de plástico y Daniel cogió una y la lanzó de canto contra la pared del fondo.

La galleta se deslizó por el aire como lo hace un frisbee, y se estrelló en la pared quedándose pegada a la pintura.

Aquello le pareció tan divertido que estuvo tres cuartos de hora lanzando galletas. Las lanzaba de canto, con dos dedos, haciéndolas girar, y anunciaba la trayectoria antes de cada tiro con una seriedad absoluta. Las llamaba platillos volantes. Se las tiró a la bombilla. Se las tiró a Celso a la cabeza. Le dio a Martina en la frente y se pasó diez minutos sin poder parar de reírse.

Cuando se acabó la caja y había galletas rotas por todos lados consiguieron echarle de la peña, se fue riéndose calle abajo, y al día siguiente apareció con dos cajas.

Se rieron todos. Se rieron de verdad, fuerte, con las sonrisas grandes, y duró un rato largo.

Luego se acabó de golpe, como se acaban esas risas, y se quedaron unos segundos sin saber dónde mirar. La música seguía sonando en la peña.

El aula estaba cargada de un ambiente extraño, fuera se estaba mejor. Muchos lo decían al volver de fumar. Se salía de dos en dos y de tres en tres, se volvía a entrar, se volvía a salir a los diez minutos, y en ningún momento de la noche se podía decir quién estaba dentro y quién fuera. Nadie estaba contando el aforo. En una peña no se mira eso.

Salió Martina con Belén. Entró Jagoba. Catalina salió con Eukene y Luz. Volvieron a entrar Martina y Belén.

Luz entró cuando empezó a sonar su canción. Era la que le ponían siempre y que ella bailaba y cantaba sola en medio del aula, no hacía falta que nadie le acompañase.

Cuando entraron Berto, Paco y Eukene, salían Joaquín y Jagoba. Iban a casa de Jagoba a por hielo. Le tuvieron que convencer porque su hielo era suyo y no lo quería compartir con nadie. Le hicieron ver que las fiestas ya se habían acabado y que no lo iba a necesitar más ese verano.

Volvieron a la peña con el hielo y la noche siguió con la música sonando, apurando lo poco que les quedaba de bebida en la nevera, comiendo bolsas de patatas, bailando, saliendo a fumar. Era un fin de fiestas extraño.

Las sudaderas aparecieron sobre las siete. Entra un frío raro a esa hora de la mañana, hasta en agosto, y salieron de las mochilas y de los respaldos de las sillas y acabaron puestas casi todas.

Después llegó el apalancamiento. Y cuando el sol empezó a entrar por las ventanas decidieron levantarse e irse.

Rubí y Luz empezaron a echar algo en falta.

Catalina.

Eso lo dijeron después todos y era verdad. Llevaba veranos siendo la que estaba sin estar, y esa noche estuvo sin estar igual que todas las noches, y cuando dejó de estar no lo notó ni una sola persona de las que había en aquella habitación.

La llamaron al teléfono y no lo cogía. La llamaron cinco o seis veces en diez minutos y las cinco o seis veces dio señal.

Eso fue lo que les puso nerviosos de verdad, porque un teléfono apagado se explica solo y un teléfono que suena y nadie coge no se explica de ninguna manera.

Lo primero que pensaron fue que se había ido a dormir. Es lo que se piensa siempre. Que se habría cansado, que habría llamado a su padre sin decir nada, que ya era de día y que tampoco había que montar un número. A Solabón hay cuatro kilómetros de carretera y no tenía otra manera de llegar si no era andando.

Por si acaso, llamaron a su padre, que era hombre de paseos por pinares a primeras horas de la mañana y seguro estaba ya despierto.

Ahí cambió todo. Catalina no estaba en casa.

Salieron del aula a buscarla. Fueron todos juntos, por las mismas calles, gritando su nombre a la vez y pisándose las voces.

Jagoba los llevó a la plaza y los repartió. De dos en dos. Unos por las calles del pueblo, otros al depósito y las eras de arriba, otros al camino del valle, otros al pilón y el camino de la pililla.

Para las ocho estaba despierto medio pueblo. Varias personas gritando un nombre por las calles de Vallecáncela a esas horas levantan a todo el que queda, y el que se levanta se asoma, y el que se asoma se viste y baja. Antonio abrió el bar sin que se lo pidieran. No se sentó nadie.

Lo de volver a llamar a sus padres lo discutieron en la puerta del bar, y lo discutieron más de lo que les gustó reconocer después. Porque llamar era decirlo en voz alta.

Llamó Rubí. Contestaron a la segunda señal. Lo contó ella después: que contestó su padre, y que antes de que a Rubí le diera tiempo a decir nada se escuchó a su madre por detrás preguntando que qué le había pasado a su hija.

Llegaron en un cuarto de hora. El padre dejó el coche atravesado en mitad de la calle Real de Abajo y se bajó con el pantalón del pijama y las zapatillas de casa puestas. No preguntó nada ni saludó a nadie. Cogió del brazo al primero que tenía delante y le dijo que le dijera por dónde no habían mirado.

Para media mañana estaban buscando setenta u ochenta personas.

Se miraron los corrales que estaban abiertos y se llamó a las puertas de los que no. Se bajó al valle hasta el antiguo molino. Se subió el camino de las perdices. Alguien dijo lo de los pozos y se miraron los pozos uno por uno, con una linterna y con el corazón en la boca, y en los pozos no había nada.

Detrás de la ermita del Humilladero no miró nadie hasta bien entrada la mañana.

La ermita está detrás de las escuelas, a la salida del pueblo, donde ya empieza el campo. Una pared de piedra con una espadaña sin campana y un tejado que se arregló hace veinte años. Detrás hay dos metros de hierba seca entre el muro y la tapia.

No miró nadie porque por el camino hacia el cementerio se pasa y no se ve, y porque ahí detrás no hay nada que mirar. Fue un vecino, de los que llevaban buscando desde las ocho, quien se adentró por el camino hecho entre las hierbas altas.

Lo que se oyó desde la plaza fue a un hombre gritando.

No gritaba un nombre. Gritaba que la había encontrado y que llamaran a la Guardia Civil, las dos cosas a la vez y sin orden ninguno, y en un pueblo que llevaba esperando algo no hizo falta entender las palabras.

Fue todo el mundo.

Manuel corrió, llegó de los primeros y se plantó delante con los brazos abiertos, y aguantó ahí sin decir casi nada hasta que llegó alguien con autoridad de verdad para hacerlo. Nadie supo nunca de dónde sacaba eso.

A sus padres no los dejaron verla.

Lo hicieron entre cuatro y lo hicieron a la fuerza, sujetando al padre por los brazos en mitad del camino mientras él decía que era su hija.

Era de día y se veía todo.

No había sangre. No había nada roto. Nada que diera a entender que allí hubiera pasado algo. Desde la tapia de la ermita podía estar durmiendo. Desde más cerca no.

Tenía los ojos abiertos y más salidos de lo que los tiene nadie. La parte blanca no estaba blanca, estaba llena de puntos rojos muy pequeños y juntos, y los mismos puntos le subían por los párpados. Tenía la cara más oscura que las manos.

Uno de los hombres que estaban delante se agachó y le apartó el pelo del cuello con dos dedos. Lo soltó enseguida. Se levantó, se dio la vuelta, se fue andando hasta la tapia y se quedó allí de cara a la piedra sin decirle nada a nadie.

En Vallecáncela nadie quiso ponerle nombre a aquello. Lo que supieron todos, sin decirlo y sin esperar a ningún papel de Valladolid, fue que esta vez no iba a haber manera de llamarlo accidente.

XX

La cinta se puso antes del mediodía.

La comitiva judicial llegó de Valladolid a primera hora de la tarde. El juez, el secretario y el médico forense. Después una furgoneta blanca con los de criminalística, y detrás de la furgoneta llegaron dos coches sin distintivos.

Hasta que no estuvieron todos no se movió nada, y eso fue lo que peor llevó el pueblo. Catalina se quedó donde estaba desde que la encontraron hasta media tarde. Hubo quien lo dijo en voz alta, que cómo la iban a tener ahí tantas horas. Un guardia joven lo explicó varias veces, siempre con las mismas palabras, pero la gente lo seguía preguntando cada poco tiempo.

Montaron una entrada y una salida aplastando la hierba alta y no pisaron por ningún otro sitio cercano al lugar donde yacía Catalina. Fotografiaron cada rincón. Fueron poniendo números amarillos de plástico en la hierba, al lado de cada cosa, y al lado de cada número una regla blanca y negra, y volvieron a fotografiar.

Le pusieron bolsas de papel en las manos y se las ataron por la muñeca. En Vallecáncela no se había visto nunca eso de las bolsas y no preguntó nadie para qué era.

Con su ropa estuvieron mucho rato. Dos agentes la analizaron visualmente con mucha atención, agachados, con una lámpara

que llevaban y que daba una luz morada a pleno sol. Estuvieron en eso más que en todo lo demás. Después la desnudaron y la metieron pieza por pieza en bolsas de papel distintas, cerradas, etiquetadas y firmadas delante del secretario judicial.

Uno de ellos se levantó y fue a hablar con el que mandaba. Dos minutos. El que mandaba se fue hasta los coches y estuvo diez al teléfono, de pie, dando vueltas, y a partir de ahí hubo más movimiento que antes.

El levantamiento se hizo a media tarde, con el pueblo ya en la plaza porque les habían hecho irse de allí.

A las seis de la tarde el alcalde abrió el salón del ayuntamiento y mandó a dos vecinos a avisar casa por casa.

Fue un hombre de paisano el que habló a los vecinos, de pie, sin levantar la voz y sin adornar nada.

Dijo que en la ropa de Catalina había restos biológicos de otra persona. Que de ahí se saca un perfil genético. Que ese perfil era de un varón. Que un perfil sin nada con que compararlo no vale absolutamente para nada. Dijo que necesitaban una muestra de saliva de todos los hombres que hubieran estado en el pueblo esa noche y lo querían ya.

Eso lo explicó bien, porque era lo único que tenía que explicar de verdad. Que necesitaban que cada persona dijera con quién había estado y a quién habían visto. Que no se podía ir nadie del pueblo, aunque había familias que ya se habían ido y familias que se iban a ir esa semana.

Dijo también que era voluntario. Lo dijo dos veces y se le notó que era la parte que menos le gustaba decir.

Empezaron esa misma tarde yendo casa por casa. Dos agentes y una mesa plegable. Llamaban, entraban, se sentaban donde les dijeran, y lo hacían en la cocina o en el corral, o donde hubiera sitio. Un bastoncillo por dentro del carrillo, un tubo, una etiqueta y una hoja con el nombre y el número del documento de identidad y otra con la información de las personas con las que habían coincidido.

Treinta segundos por persona y doscientos y pico personas por delante. El pueblo se volcó de una manera que no se había visto nunca en Vallecáncla.

Hubo gente que salía a la calle a esperarlos para no hacerles perder tiempo llamando. Hubo quien les hizo la lista de los vecinos de su calle, con los que estaban y los que faltaban y dónde encontrarlos. Dos mujeres se pasaron la tarde acompañándolos para que no se dejaran ninguna casa, ningún vecino.

Antonio mantuvo el bar abierto y no cobró un solo café a nadie de uniforme.

Hubo dos que dijeron que no. Uno era un vecino de setenta y tantos que lleva media vida enfadado con la Guardia Civil por un asunto de los años sesenta que cuenta cada vez que puede. El otro no dio ninguna razón y no tenía por qué darla. Para el pueblo empezaron a ser los sospechosos principales.

A las mujeres no se les pidió nada. No había ninguna razón para que se les ocurriera pedirlo. El perfil era de un varón, y lo que se busca cuando se tiene el perfil de un varón son varones.

Después van a comparar las doscientas y pico muestras una por una. Van a ampliar a los que pasaron esa noche sin dormir aquí, a los padres que subieron de madrugada a recoger a sus hijos, a los viejos que descartaron al principio. Van a repasarlo dos veces y una tercera.

No creo que vayan a encontrar nada.

Estuve en el pueblo las dos noches. Estuve en la peña, salí al jardín, fui con ella hasta la ermita y volví a entrar. Por la mañana he estado buscándola por el camino del valle con todo el mundo, gritando su nombre igual que gritaban los demás.

Esta tarde han venido a mi casa.

Se han sentado en la cocina, le han pedido la muestra a mi padre y a mi tío y se la han dado. Yo les he sacado una lata de Coca-Cola a cada uno porque hacía calor y porque llevaban horas andando por este pueblo.

A mí no me han pedido nada. No se les ha ocurrido, y no había ninguna razón para que se les ocurriera. Buscan a un hombre, y en mi casa los hombres son mi padre y mi tío.

Yo llevo dieciocho años siendo una chica. Y no lo soy. No como lo son las demás, y no de la manera que haría falta para que esa cola de hombres sirviera para algo.

Van a buscar a un hombre en Vallecáncela durante años. Lo tuvieron en la cocina de mi casa y les dio una Coca-Cola.

XXI — Confesión final

11 de agosto de 2007

He bajado el cuaderno del armario por última vez.

Lo he leído entero esta noche, desde la primera página. Me ha llevado un rato. Hay cosas que no me acordaba de haber escrito.

Voy a escribir lo que recuerdo que pasó, aunque tengo la mente un poco nublada.

Salimos al jardín de las escuelas Catalina, Luz y yo.

Salimos a fumar. Dentro no se podía estar y fuera corría algo de aire. A los diez minutos empezó a sonar la canción de Luz y se metió corriendo.

Nos quedamos las dos.

Catalina dijo que tenía que mear y que a ver si le acompañaba. Detrás de la ermita es donde solíamos ir a hacer esas cosas. Son treinta metros.

Fui con ella porque yo también tenía ganas e iba a ir sola de todas formas.

Mientras meaba a su lado, a dos metros, me di cuenta de una cosa.

Nadie sabía dónde estaba yo.

Luz había entrado. Los demás estaban dentro con la música puesta. En la peña llevábamos toda la noche entrando y saliendo igual que se entra y se sale siempre.

Había un búho en los chopos cercanos y había otro contestándole más lejos. Había grillos por todas partes, tantos que casi no se escuchaba la música de la peña que llegaba por encima de la tapia, se escuchaban los bajos nada más, y alguna risa de vez en cuando.

No lo he decidido. Me ha vuelto a salir solo. No ha habido un momento en el que yo pensara que iba a hacerlo. Sin haberme dado cuenta ya lo estaba haciendo.

Ella estaba agachada. Me he abalanzado con los pantalones aún bajados y le he pasado las manos por delante del cuello.

Hay una cosa que yo no sabía y que ahora sé, y que no cuentan en ninguna parte. Se tarda mucho.

En las películas se tarda unos segundos. No es verdad. Son minutos. Son minutos enteros en los que la otra persona está viva y lo sabe y hace todo lo que puede.

Catalina ha peleado. Muchísimo más de lo que pelearon otros. Me ha agarrado los brazos, me ha clavado las uñas y ha dado patadas contra la pared de piedra, y ha seguido

haciéndolo mucho después de que yo creyera que ya no podía.

Cuando ha parado, los grillos y los búhos seguían igual.

Eso es lo que no he conseguido quitarme de la cabeza. Que no ha cambiado nada. Que los búhos han seguido, y la música también, y a treinta metros no se ha enterado ni una sola persona.

El placer que he sentido mientras lo hacía le ha manchado la ropa. No lo he limpiado.

Antes de irme le he dejado las gafas en la hierba, al lado de la cabeza, con las patillas plegadas y puestas del derecho.

No sé por qué he hecho eso. Es lo único de todo lo que he hecho en tres años que no sé explicar.

He vuelto a la peña, he entrado con Berto y Paco, que entraban al recinto del colegio, y me he sentado donde había sitio. He estado dentro hasta que se ha hecho de día.

Esta mañana la he buscado.

He gritado su nombre por el camino del valle. He mirado en los corrales. He estado en la plaza cuando ha llegado su padre con el pantalón del pijama puesto, y le he dicho que la íbamos a encontrar.

Eso es lo peor que he hecho en mi vida. Peor que lo que acababa de hacer.

A mi madre le dijeron en el quinto mes de embarazo que iba a tener una niña y eligió el nombre esa misma semana.

Cuando nací, lo que traje no era lo que esperaban y tampoco era lo contrario. Era una cosa entremedia. Los médicos de entonces lo llamaron de una manera y mis padres lo resolvieron de otra. Me pusieron el nombre que ya estaba elegido desde el quinto mes.

No lo hicieron para hacerme daño. Lo hicieron porque había que hacer algo, porque alguien les dijo que era lo mejor y porque en el año ochenta y nueve, en un pueblo del norte, eso no se hablaba con nadie.

Me vistieron de niña, me peinaron de niña y me educaron como una niña. Y yo aprendí a serlo igual que se aprende a atarse los cordones.

Pero a los catorce empezaron los cambios. Me cambió la voz y me pasé un curso entero hablando más bajo de lo que hablo. Me salió pelo donde no le sale a las demás y aprendí a quitármelo yo en el cuarto de baño con la puerta cerrada.

En mi casa no se habló ni una vez. Ni una.

Al final lo busqué yo. Tenía dieciséis años y me pasé mucho tiempo buscándolo. Para encontrar algo hay que

saber qué poner, y yo no sabía qué poner. Tardé meses en dar con las palabras.

Y cuando di con ellas resultó que aquello tenía un nombre, y que había médicos que llevaban años estudiándolo, y que había gente a la que le pasaba lo mismo en sitios de los que yo no había oído hablar en mi vida.

No me sirvió de nada.

Saber cómo se llama una cosa no te dice qué hacer con ella. Lo único que cambió fue que a partir de aquel momento ya no era la única del mundo, y eso, a las dos de la mañana y con la puerta de la habitación cerrada, tampoco es gran cosa.

Mi madre lo sabe desde el primer día. Lo sabe desde que nací y no me lo ha dicho nunca. Dieciocho años. Me ha comprado la ropa, me ha llevado al médico, me ha visto taparme delante de ella y no ha abierto la boca ni una sola vez. Y yo tampoco.

Está durmiendo al otro lado de la pared.

Es la única persona del mundo que podría bajar a la plaza ahora mismo y decirles a esas personas dónde tienen que mirar. No lo va a hacer. Lleva dieciocho años sin poder decirlo en voz alta en su propia cocina.

He leído el cuaderno entero esta noche y he encontrado una mentira. Está en casi todas las páginas y la he escrito yo.

Durante tres años me he estado contando que mataba por algo.

Que Mariano llevaba años convirtiendo la debilidad de los demás en un chiste. Que Joseba se había construido a sí mismo creyéndose por encima de los demás. Que Keke se creía que podía hacer lo que le diera la gana y que alguien tenía que pararle los pies.

Todo eso es verdad y nada de eso es el motivo.

Lo supe la noche de la tormenta. Esa noche sentí exactamente lo mismo que las otras veces.

Así que no. No mataba por lo que hacían. Eso me lo contaba yo para poder seguir siendo alguien a quien yo pudiera aguantar.

Entonces de dónde viene. No lo sé. Llevo tres años preguntándomelo y no lo sé.

Sé lo que hace. Sé cómo se siente. Sé que lo reconozco antes de que llegue y que cada vez tarda menos en llegar. Y sé que la primera vez tenía quince años y creí que era por Mariano.

Si no hay motivo, no hay final.

No hay nadie a salvo. Ni Manuel, ni Jagoba, ni Belén, ni la prima Meritxell. Ni mi madre.

La próxima vez va a venir y yo voy a estar donde esté, y no va a hacer falta que nadie haya hecho nada. Eso es único que tengo claro.

Y solo se me ocurre una manera de que no haya próxima vez.

Cuando se han llevado el cuerpo, he estado andando por el pueblo hasta que se ha hecho de noche. He subido al depósito y he bajado al pilón. He ido por el camino del valle hasta Solabón y he vuelto por la carretera.

Yo no soy de aquí. Mi vida está al norte, tiene otro nombre, otra temperatura y otro olor en agosto, y allí llevo dieciocho años siendo una cosa que no soy, rodeada de gente que me conoce desde el principio y que está convencida de que sabe quién soy.

Aquí no me preguntó nunca nadie de dónde venía. Aquí me senté con hombres de cincuenta años a hablar del trigo y me hicieron sitio en el banco. Aquí nadie esperó nada de mí antes de conocerme. Aquí me dejaron ser lo que soy, sin preguntas y sin mirarme dos veces, durante dieciocho veranos seguidos. Este pueblo me dio lo que no me dio el mío.

Y yo le he dejado cinco muertos.

No hay manera de equilibrar eso. Llevo toda la noche intentándolo y no la hay.

En cuanto se haga de día voy a subir a la torre de la iglesia. Desde arriba se ve el pueblo entero. He subido varias veces las tardes en que tocaban las campanas antes del pregón. Desde arriba se ve la plaza y se ve el frontón. Se ven las escuelas y la higuera del jardín. Se ve el depósito. Se ve el pilón con la valla verde que pusieron el año pasado. Se ve el camino del valle metiéndose entre los chopos.

Se ve todo lo que he hecho, y se ve junto, y se ve desde un solo sitio.

A Vallecáncela le voy a pedir una cosa que no tengo ningún derecho a pedirle.

Que se acuerde también de la otra. De la de las brasileras de goma que se le salían a cada paso, la que organizaba los juegos en la plaza y se metía en todos los corrillos y aparecía siempre donde hubiera algo. Esa también era yo. A lo mejor era la más verdadera de las dos.

Voy a escribir algo en la primera página, para el que lo encuentre, para que sepa lo que tiene en las manos antes de empezar a leer.

Voy a dejar el cuaderno donde pueda encontrarlo alguien. Lleva tres años encima de un armario y no se merece acabar ahí.

Dentro de un rato va a empezar a clarear por el lado del páramo.

A los que quiero, que son muchos más de los que he sabido decírselo nunca: lo siento.

No por lo que soy. Por lo que hice.

EUKENE

AGRADECIMIENTOS

A mis amigos del pueblo, por dejarme crecer con ellos.

Al pueblo, por enseñarme a querer un sitio sin pedirme nada a cambio. No sabía que eso se podía aprender, y lo aprendí ahí.

A las personas del pueblo a las que en algún momento hice daño: lo siento. Lo he dicho en persona y ahora lo dejo también por escrito, porque escrito me deja la conciencia más limpia. El resquemor no se va con ninguna de las dos cosas, y supongo que no tiene que irse. Son cosas con las que he aprendido, con las que he crecido.

A mis padres y a mi hermana, por dejarme el pueblo a mi aire. Por no ponerme nunca una hora, ni un límite, ni una condición.

Y a mis amigas del pueblo de al lado, por ayudarme a tener lo más bonito que tengo.

NOTA

Esto no ha pasado.

Los pueblos de este libro están levantados sobre pueblos de verdad de la provincia de Valladolid. Las descripciones, el páramo, el calor y la manera que tienen esas casas de cerrarse once meses y abrirse en agosto son reales.

Todo lo demás me lo he inventado. Los nombres, las familias, lo que se dice en la plaza y lo que se calla. Ninguna de las personas que aparecen aquí está sacada de nadie, y cualquier parecido con alguien real, vivo o muerto, es casualidad y no es intención.

